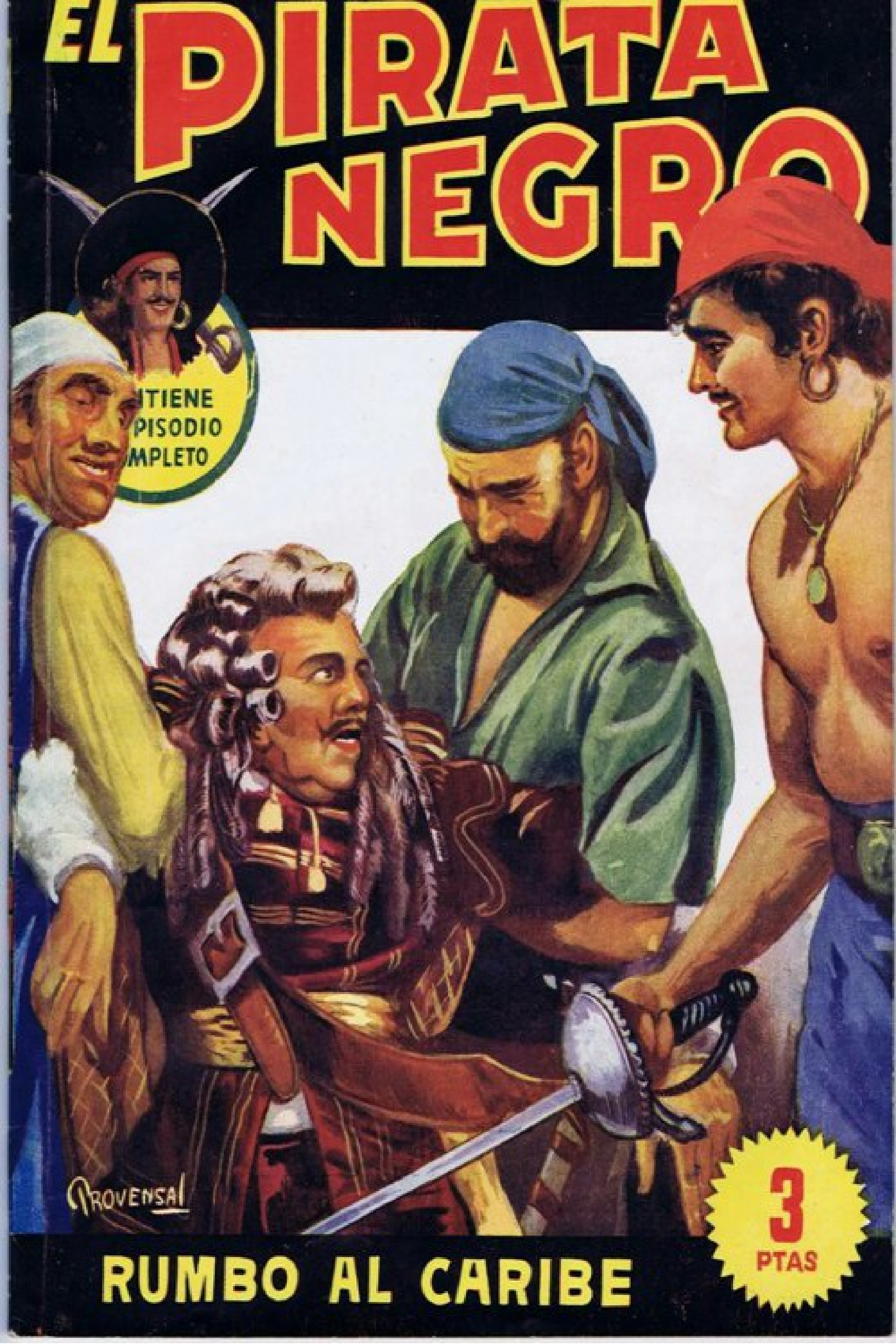
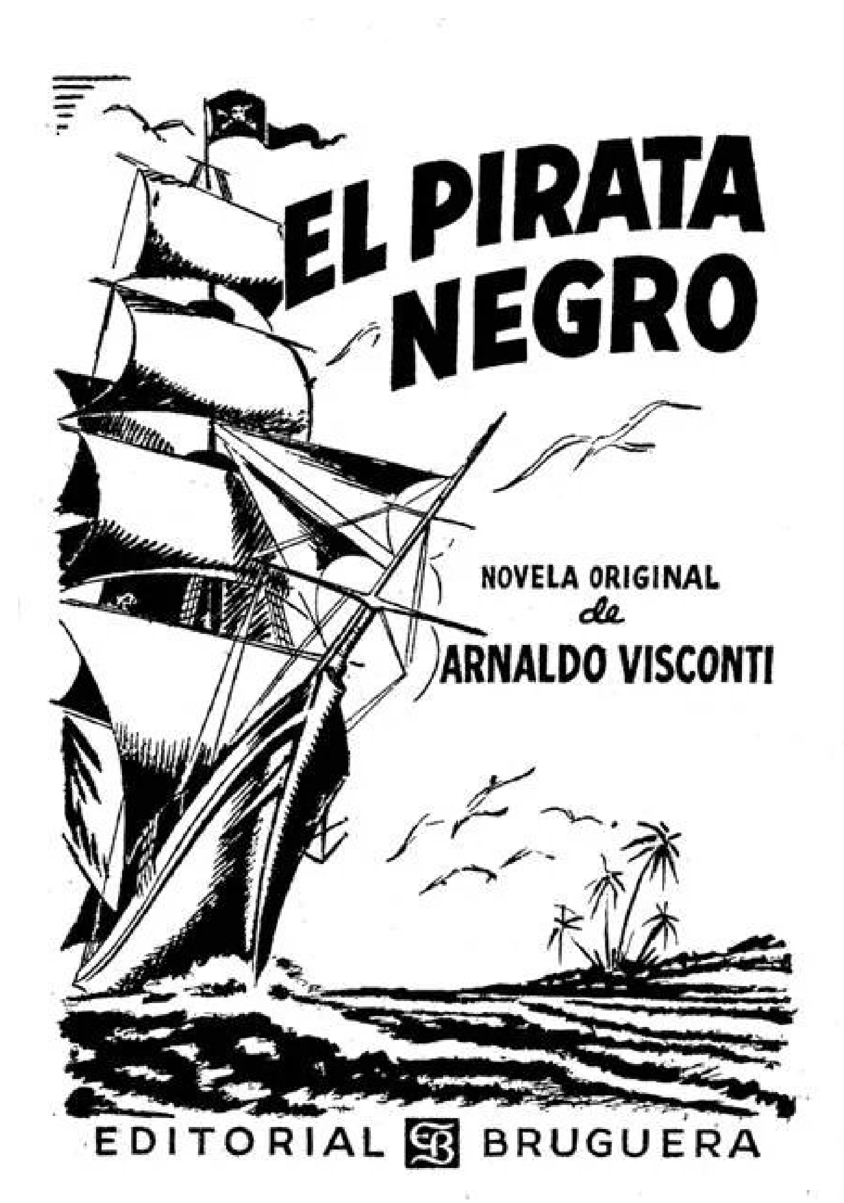

EL PIRATA NEGRO
TIENE
PISODIO
MPLETO
PROVENSAL
3
PTAS
RUMBO AL CARIBE



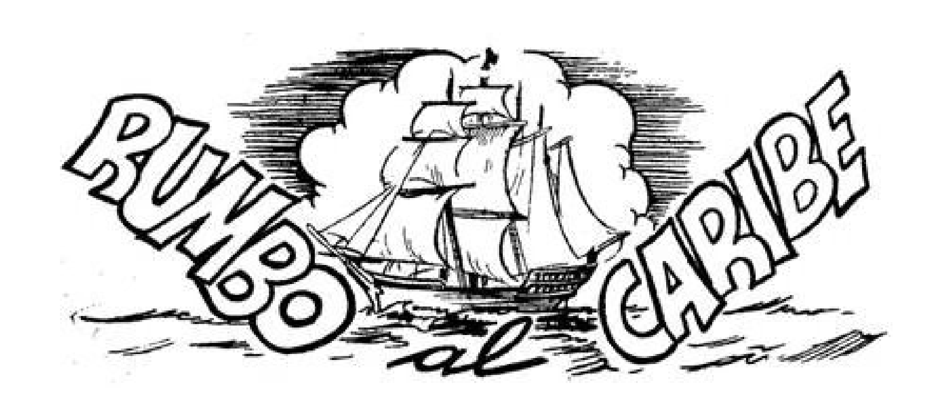
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Rumbo al Caribe

Colección El Pirata Negro n.° 48

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


RUMBO al CARIBE

PRIMERA PARTE

EL ISLOTE DE LOS APARECIDOS

CAPÍTULO PRIMERO

Los heroicos hambrientos

Los reunidos en el sótano de aquel mesón gaditano a la media noche de un día septembreño del año 1716, tenían todas las trazas de conspiradores.

Sentábanse alrededor de la larga mesa, desprovista de manteles y muchos de ellos ostentaban rostros magros, de ojos encendidos, plasmando en sus semblantes cierto fanatismo, aunque la verdad era que el impresionante aspecto que ofrecían no se debía a inquietudes espirituales provocadas por la discusión de problemas sangrientos.

Uno de los comensales de la mesa sin vituallas ni bebidas, levantóse y resumió en pocas palabras la situación:

—Tenemos hambre. Un hambre canina que en feroces retortijones anuda nuestras tripas y hace que entre sí se besen las paredes estomacales ansiosas de separarse.

Con delicado gesto de afectación, una de las mujeres que asistía a la reunión, sacudió en el aire su pañuelo de encajes, como para ahuyentar un perfume poco grato.

—Aparte de que no dices nada nuevo, amigo Ernesto-habló con dicción rebuscada y altivez de gran dama-tus palabras nada tienen de discretas.

El llamado Ernesto sentóse, porque otro acababa de ponerse en pie y echando la cabeza hacia atrás, exclamaba con voz engolada:

—¡Dignos hermanos de la baqueteada y asendereada Farándula! Juzgo muy circunspecta y atinada la actitud de nuestra primorosa Rosaura, al reprochar al veraz y prosaico Ernesto sus alusiones fisiológicas. No dudo que ella ha hallado el medio para impedir que este conciliábulo de glorias del tablado, se extinga entre las cochambrosas paredes de un indiferente mesón de la ciudad

gaditana.

Rosaura, la que desempeñaba los papeles de aristócrata, dejó oír una débil risita fatigada.

—¡Pobre de mí! Donde hay caballeros, las damas sólo deben pensar en los obsequios que han de recibir.

—Eso es en la farsa, Rosaura, que no en la vida real. A fe de Jacobo Naharro, que no soy insensible al velado reproche que hay en la frase de nuestra sin par Rosaura. ¿Por qué no hablan los sesudos ancianos?

—Acusan más hondo y calado la roedura de la gazuza-rió Ernesto Villalobos.

—Calle el joven baladrón-gruñó Roque Dávila, el que sin caracterización desempeñaba los papeles de padre vengador o marido viejo y cascarrabias. No hablamos por estoicismo. Hablar, hablar... ¿a qué conduce? ¿Os creéis acaso ante público?

—Gemid y rasgad vuestras parvas vestiduras-rezongó Jacobo Naharro, con sus ademanes de tribuno. —Démonos con “cantos en los dientes”, y entonemos el “De profundis”. Lloremos todos a moco pelado, que así del techo lloverá el rocío de capones a la brocha, perniles sonrosados y hogazas calentonas...

Rosaura empalideció aún más ante aquellas alusiones a manjares, y la que se sentaba junto a ella, fingiendo arreglar su corpiño, acariciόse el estómago con gesto ávido.

—¡Cesa, cruel Jacobo, cesa por amor del cielo! —gritó Ernesto, dando un puñetazo en la mesa.— No cites la soga en casa del ahorcado, ni hables de condumio en época de escasez. ¿Os ha gustado, bella Rosaura, el eufemismo que he empleado al llamar época de escasez a los tres días consecutivos que nada tenemos que ponernos bajo el diente?

La enemistad entre ambos cómicos era conocida por sus compañeros. Aparte de él y Jacobo Naharro, los demás no tenían ni fuerzas para hablar.

—Maese Roque, asaz viejo es para que pueda sacar de apuros a cuatro damas. Pero tú, Jacobo, y en especial tú, Ernesto, debíais olvidaros de que sois histriones y recordar que nacisteis hombres para demostrarlo.

—La unión, que es nuestro lema, debilita nuestros impulsos viriles —replicó Ernesto sin inmutarse.— No podemos separarnos.

Si juntos desafiamos el hambre, siempre hallaremos consuelo en la agonía estudiando nuestros ademanes y la perfecta compostura natural de los movimientos con que representemos el mortal desfallecer de los hambrientos.

—Abundo en el parecer del sabio Ernesto-dijo engoladamente Jacobo. —Si abandonásemos al anciano y a las damas, no cumpliríamos con nuestro deber que es repartirnos el hambre entre todos.

—Deberíais mejor dejar al anciano y a las mujeres —tercio Roque Dávila— el hablar y quedarse quietos. Ved ambos lo que ha hecho Torcuato.

—Él sí que es todo un caballero —aprobó Rosaura—. ¿No es cierto, “Almizcle”?

La linda trigueña que contestaba por ese nombre limitose a asentir calurosamente con cabezadas, si no enérgicas, muy expresivas de convicción.

Doña Gúdula, la esposa de Roque Dávila, especializada en el desempeño de “dueñas” coléricas y esposas avinagradas, carraspeo sonoramente.

—Va a tomar la palabra la sensatez. Oigamos con unción —declaró Ernesto, mientras miraba a los restantes componentes de la compañía—. Presta atención, Purita. Doña Gúdula va a solucionar nuestras cuitas.

—Lo que yo digo, joven presumidillo inútil —dijo, con voz gruesa y gesto colérico la vieja cómica-es que el único que ha demostrado ser hombre ha sido Torcuato. El salió a la busca de oro y alimentos....

—Y lleva tres días, con sus noches, buscándolos en vano. ¿Es o no es la verdad? A fe de Jacobo Naharro que me place la fácil propensión con que las damas se dejan llevar por los aparentes heroísmos, sin parar mientes en las silenciosas actitudes tan heroicas de los que, como Ernesto y yo, compartimos vuestros sinsabores.

—Torcuato salió a jugarse el todo por el todo-ponderó Rosaura.

—Le perdió su costumbre de ser él quien represente los papeles heroicos de valiente caballero, audaz pirata o romántico generoso. Pero fuera de las tablas, ha visto que el oro de veras y los alimentos que no son de cartón, se esfuman al ser perseguidos.

—Pero al menos intentó solucionar nuestra situación-dijo Rosaura.

—Poblado está el infierno de buenas intenciones, pero allá se asan todos. ¿Qué nos importa que el bello y arrogante Torcuato se haya envuelto en su capa con marcialidad y se haya lanzado a la calle? ¿Están por eso llenas nuestras tripas? ¿Nos fia, acaso, ese insensible mesonero cuya limosna arrancada al precio de mil súplicas ha sido dejarnos como tumba este infecto tugurio con olor a ratas? No me hagáis perder los estribos, mis bellas damas-añadió Ernesto, mirando con sorna a Rosaura-que el hambre es mala consejera, pero en vosotras ha causado efectos contrarios. Se ha convertido en gazmoña de virtudes... ¿Apreciáis mis eufemismos, primorosa Rosaura?

—Me doy cuenta, cada vez más, de que eres un villano despreciable-replicó Rosaura engallando la cabeza —. Tu torpe insinuación es propia de tu carácter de rufián....

—No se ofenda la reina-replicó Ernesto —. Vinimos a Andalucía creyendo que todo el monte era orégano. Hemos arribado a Cádiz sin un ochavo ni atisbos de ganarlo. Quien por generoso impulso dio sus caricias...

—¡No las vende, rufián! —gritó Rosaura, sinceramente indignada.

—Haya paz-intervino Roque Dávila, el director artístico, alzando las dos manos, en gesto cansado —. Confío en que Torcuato...

—¡Torcuato, Torcuato, Torcuato! —canturreó Jacobo Naharro— ¿Acaso es un mago? Sus ropas raídas le delatan por comicucho. Sabido tenéis el recelo que por doquier inspiramos... Fracasará, y bien que lo siento, porque os confieso que no tengo yo agallas para robar en esta ciudad donde abundan en demasía los soldados y la desconfianza. En cuanto a ti, Ernesto, mal hiciste en hablar así a Rosaura...

—Si yo tuviera palmito y figura, buscaría ricahembra que por mí suspirase y obtendría...

—No cites cosas inexistentes-atajó Rosaura —. Suponiendo que no fueras un velludo y mal encarado sujeto, si hallases esposa rica, te olvidarías de nosotros y poco te importaría que de hambre nos muriéramos, mientras tú te vengases de años de hambre, comiendo abundantemente.

—¿Y tú, reina? Linda sanguijuela eres cuando pillas bolsa provista. Y que para tus perifollos la vacías, que no para comprarme a mí calzones ni jamones.

—Haya paz-repitió, cansinamente, Roque Dávila —. No es echándonos en cara debilidades, como aumentará nuestra fuerza...

La única puerta de acceso al húmedo sótano, abrióse violentamente y, en el lóbrego aposento mal iluminado, entró, saltando las escaleras, un joven de porte elegante, llevando la capa terciada al hombro.

—¡Torcuato! —exclamó “Almizcle”, con voz lánguida.

—Y mucho que me pesa así llamarme, que mejor quisiera tener nombre más romántico-dijo alegremente el recién llegado —. ¡Albricias, compañeros! ¡El cuerno de la abundancia desparrama sus riquezas para las aguerridas huestes de maese Roque!

Abrió la capa y de cada una de sus manos mostró, colgantes, dos perniles y dos pollos. Bajo los brazos llevaba hogazas de pan. De los bolsillos de su casaca asomaban los golletes de sendos frascos de vino...

Los hasta entonces inmóviles espectadores, se convirtieron en activos y gesticulantes comensales. Ellas, olvidaron toda coquetería para atender exclusivamente al mandato de sus vacíos estómagos. Ellos, cuchillo en mano, arrancaban anchas lonjas y cortaban rebanadas, que prestamente quedaban devoradas...

Los frascos pasaron de mano en mano y al cuarto de hora, cuando las mejillas se colorearon y los ojos tenían fulgores alegres, la primera en recobrarse fue Rosaura, que, con gesto de gran dama, sacudió de su corpiño, con el pañuelo de encajes, unas migajas inexistentes.

Torcuato Yáñez, apuró el último trago del frasco que había compartido con “Almizcle”, y lanzó entonces una sonora carcajada.

—¡Albricias, compañeros! Por espacio de más de diez minutos ha reinado entre nosotros los feriados charlatanes, el silencio más completo. Este milagro ha tiempo que no lo presencié.

—Cuenta Torcuato —apremió Rosaura—. ¿Cómo lograste el milagro de comprar sin dinero?

Ernesto y Jacobo usufructuaban, en común, los restos de un jamón, cuyo hueso rascaban sañudamente con los cuchillos. El matrimonio Dávila hacía lo mismo con el segundo. Purita y

“Almizcle” limpiábanse discretamente los grasientos dedos, lamiéndolos por bajo el pañuelo puesto ante sus rostros arrebolados por el inesperado festín.

—Mis tres días de correría me costó, compañeros de infortunios. Cada vez que me veía próximo a la codiciada presa, tenía que tomar las de Villadiego. En esos tres días he corrido más leguas que en mis dos años de comediante. Por fin, esta noche, vencí. Un asno cargado de vituallas, estaba detenido en el callejón de los Mártires ante una posada. A su lado, un mozo campero, aguardaba, sin duda, a su dueño que debía hallarse en el interior haciendo tratos. El hambre me impulsó al heroísmo. Irritado por mis fracasos, me sentí salvaje. Recordé al personaje de “Los trápalas rebeldes” y cogiendo por los faldones al mozo, le cubrí el rostro con ellos, mientras tiraba hacia atrás de las mangas, anudándoselas. Era gracioso. El mozo gritaba pero el trapo no le dejaba ser oído. Forcejeaba, pero las mangas no le dejaban más que patalear. Eché mano de lo que ha poco estaba encima de la mesa y raudo como un vientecillo de marzo, vine corriendo hacia acá.

—Creí que habías hallado prócer que en su mansión deseaba vernos actuar-dijo, con semblante desilusionado, Ernesto Villalobos —. Estamos como antes. Sin blanca... y tendrás que volver a robar, hasta que des con tus huesos en la cárcel...

Torcuato Yáñez cruzóse de brazos. El rostro de “Almizcle”, la hija de los Dávila, era su continua inspiración...

—No podemos seguir así compañeros. Vos, maese Roque, mal os pese, debéis reconocer que en las Españas sobran comediantes. Los hay, si no mejores, más afortunados, porque ellas son deshonestas o ellos adulones...

—Mejor nos iría si ellas fueran menos gazmoñas y tú más amable con los grandes y...

—¡Calla, Ernesto! —atajó Yáñez, con breve voz de mando—. Si la honestidad es un pecado y tontos somos los que así pecamos, muy tonto quiero ser siempre. También tengo que deciros que si he robado lo he hecho por ellas y por maese Roque y su esposa, que no por vosotros dos...

—Tú sabes que yo soy cobarde y apocado-se excusó Jacobo Naharro.

—Ahora hay que desplegar heroísmo, compañeros. La fortuna

puede sonreímos. Incluso podemos ahorrar y en día no muy lejano después de hartarnos de representar amores, luchas y pasiones para los demás, representaremos para nosotros mismos la comedia que más nos guste. Quien el amor hogareño, quién la dulce vejez al cubierto de toda preocupación, quién la lujosa casita de nobles reuniones, quién el currutaco faldero...

—Bien hablado —aprobó Rosaura, mientras "Almizcle" se' aproximaba más al orador—. Amor hogareño para ti y "Almizcle", vejez tranquila para maese y doña, lujos para mí, huerto para Jacobo y amoríos para el simpático Ernesto. Pero has hablado dé algo también imposible: ahorrar. ¿Cómo poner de lado un maravedí, si a diario no sacamos ni para comer?

—Heroicidades son las que llevan al trono. Si continuamos intentando triunfar en España, tumba hallaremos. Sólo hay un medio de triunfar.

—¿Cuál?

—Rumbo al Caribe-dijo, silabeando, Torcuato Yáñez.

De la impresión, Jacobo Naharro eructó. Maese Roque gruñó asustado y doña Gúdula se persignó. Purita Gracia, ambiciosa morena, que dominaba a la perfección el arte de prometer con los ojos y negar con los labios, quedóse ensimismada en pensamientos de Virreyes, Capitanes Generales y Adelantados Mayores. La romántica "Almizcle" soñó en luchas sangrientas, donde la espada vencedora de Torcuato Yáñez se imponía. Ernesto Villalobos se encogió de hombros desdeñosamente, rechazando, sin palabras, pero con ademán harto elocuente, la locura de tal proyecto.

Rosaura Lozano vió repentinamente la imagen de un corsario derrochón y atlético, acariciante y brusco dominador y esclavo de su amor por ella...

—Rumbo al Caribe-repitió Yáñez, cogiendo ahora la diestra de "Almizcle" para darse ánimos —. Allá hay oro. Allá se aburren. Allá triunfaremos.

—Allá hay piratas. Allá se matan. Allá nos enterrarán —dijo Ernesto Villalobos.

—¿No nos mata y nos enterrará el hambre? Cuenta conmigo-dijo Rosaura, tocando arrogantemente con su pañuelo la mejilla de Yáñez.

—Locos soñadores-dijo Ernesto Villalobos —. Deteneos a

meditar la imposibilidad de este proyecto. Primeramente ¿cómo pagar el pasaje?

—Lo he resuelto. ¿Qué más? —interrogó Yáñez.

—¿Lo has resuelto? ¿Cómo?

—Sigue oponiendo, que después yo derribaré tus argumentos.

—Bien, hermoso Torcuato. Demos por hecho que de la manga extraes un bajel de plata, maniobrado por sirenas enamoradas de ti, pero la singladura hasta el Caribe llena está de piratas. ¿Quién los vencerá?

—También está resuelto,

—Vaya, vaya con “don Matamoros” —rió torcidamente, Ernesto —. En vista de que ya estamos en el Caribe y hemos dado muerte a todos los piratas, casi hemos triunfado. Y al llegar allí, también tendrás resuelto el problema de llenarnos el buche apenas desembarquemos, porque no creo supondrás que los Virreyes se nos arrojen al cuello suplicándonos montemos el tinglado.

—Esta última parte —dijo Roque Dávila, interviniendo-está de antemano resuelta. Pocas son las distracciones allá en las lejanas Indias y acogerían con agrado nuestra llegada. Pero, mi querido Torcuato, tú que sabes que te distingo y aprecio, debes tener ahora el seso volado. Las objeciones de Ernesto son sensatas. ¿Cómo embarcar? ¿Cómo pagar el pasaje? ¿Para qué arriesgar nuestras vidas? Contesta...

—Ha llegado el momento de hablar en plata pura...

—Alto-sonrió Ernesto, aviesamente —. Esa frase es del pirata bueno de la tragedia del inglés Shakespeare. No estamos en el tablado Torcuato.

—No. Estamos pasando hambre y calamidades y yo no aguanto más.

—¿Quieres irte solo? —insinuó la matrona.

—No, doña Gúdula. Nos iremos todos. En Cádiz he tenido la inspiración. Hay un galeón próximo a zarpar. Va a bordo una compañía de infantes con sus mandos. Es galeón artillado y no le harán frente los piratas. Desembarcará en la mayor isla antillana. ¡Seamos heroicos, compañeros! Allá en las Indias está la fortuna. Aquí está el bajel de plata, con sirenas mostachosas y cañones. ¿Qué decís vos, maese Roque?

—Puesto así... —vaciló el interpelado-ya me parece más digno

de estudio. ¿Qué opinas, Gúdula?

—Fiebres hay allí, pero deben ser más leves que las del hambre. Mas, dime Torcuato ¿cómo pagar el pasaje? Decidida estoy a lanzarme a la aventura de ese viaje peligroso. Todo antes que perder carnes con gatos en el estómago.

—El Gobernador, con quien me he entrevistado, me ha extendido este documento-y con gestos excitados, el joven cómico extrajo del interior de su tricornio un pergamino doblado en cuatro, que extendió encima de la mesa con una sola mano —. Es el permiso para actuar en las Indias y por tanto, la libertad de embarcar en cualquier nave que zarpe rumbo al Caribe,

Se calló que el gobernador, al firmarle el permiso, lo había hecho con el semblante del que firma una sentencia de muerte.

—Bien. Esto nos da permiso para subir a bordo de cualquier nave. De acuerdo-dijo Ernesto Villalobos, después de leer el documento en voz alta —. Pero también lleva consigo la callada realidad de que nos echarán por la borda cuando nos pidan pago. Nada tenemos por vender. Justo poseemos las ropas que llevamos puestas.

—Ya silbó el búho. Apabúllale, Torcuato-rogó Rosaura.

—El que manda los infantes españoles es el teniente coronel don Arcadio del Cerro. Antaño le conocí, antes de formar parte de nuestra compañía de drama. Yo os aseguro que él, que tiene pleno poder a bordo, ya que por ser galeón real, el capitán es un subordinado suyo, nos... ¡Basta de perder el tiempo! Votad en pro o en contra, que yo me encargo de lo demás. Vos primero, maese Roque.

—Hijo mío, que como a tal te considero ya. Por mí, acepto. Viejo soy y si fortuna quiero, para mi niña ha de ser, que no la quiero ver más pasando hambre y sinsabores.

—Haberla, pues, dedicado a otra profesión-gruñó doña Gúdula —. Y no soy tan vieja y aun tengo buen ver, pero digo lo mismo que maese. Al Caribe, que menos me asusta ser estrangulada por un pirata o devorada por un indio emplumado que pelear con puchero vacío.

—Contigo siempre —bisbiseó “Almizcle”.

Y este fué el voto que más encantó a Torcuato Yáñez.

Purita Gracia, entornados los ojos, emitió un “sí” soñador...

Jacobo Naharro adornó el suyo:

—Confianza tengo y mucha, en ti, audaz Torcuato, pero me huelo que mi huerto tendrá, como primera simiente, mis huesos mondos y lirondos. Contigo al Caribe, aunque, por razones menos sentimentales y mucho más acuciantes que las de tu enamorada “Almizcle”. Harto estoy de no comer a mi gusto. He oído decir que en las Antillas te colocas bajo un árbol, lo sacudes y te caen jugosas frutas. Mi voto a favor.

—El mío es superfluo, puesto que siempre pensé que en lejanas tierras sabrán apreciar mejor mi talento-manifestó Rosaura —. Ya sólo quedas tú, búho.

—Sólo quedo yo, primorosa Rosaura-sonrió Ernesto Villalobos —. Si os abandono ¿qué dirás, Torcuato?

Vaciló ostensiblemente el aludido, pero por él tomó la palabra Rosaura:

—¡Gran alivio! Para los papeles de necio presuntuoso, hallaremos muchos substitutos.

—También los habría para el de dama noble, entre las muchas mozas de mesón y maritornes antillanas. Pero, ya que todos nos sentimos héroes, doy también mi voto. La compañía está por entero a tus pies, Torcuato. Sólo queda que logres convencer a don Arcadio del Cerro.

* * *

Don Arcadlo del Cerro, cuyos espesos bigotes distinguianse poco de sus peludas cejas fruncidas, arrugó el congestionado rostro al oír a su ayudante que, cuadrado ante él en la sala capitana, acababa de anunciarle:

—Un joven paisano, llamado Torcuato Yáñez, pide el honor de ser recibido por usía. Dice que usía le conoce.

—¡Que si le conozco! Más me valiera no haberle conocido nunca. Una cabeza caliente, una bala perdida, un loco inconsciente... En fin, hacedlo pasar. Espero que habrá sentado cabeza y vendrá a pedirme plaza de voluntario.

Torcuato Yáñez, tricornio en mano, al quedar solo frente a su antiguo teniente coronel, abombó el pecho, rígidos los brazos y erguida la cabeza.

—Ante usía se presenta el que tuvo un día el honor de servir...

—¡Gústame la desfachatez! —bramó el militar—. ¿El honor de

servir ibais a decir, necio? Cinco meses os tuve de corneta y siete arrestos de calabozo os colgué. Vos fuisteis, imberbe mentecato, el que se atrevió a decirme a mí ¡a mí!, que no me metiera en vuestra vida privada. Creedme que me hacéis reír y me causáis una gracia infinita-siguió tronando la voz ronca del militar, más fiero que nunca el semblante —. ¿El honor de servir? Nunca vi cascos más ligeros, ni indisciplina mayor en imberbe gaznápiro. ¡Voto a mi sable! En el tiempo que os tuve de corneta, anduve rozando la apoplejía... ¿Qué pretendéis ahora? Si es visita de amigo, ya os he dicho bastante. Si conmigo queréis venir a morir en Indias, ya es distinto. Jovenzuelos fatuos como vos, sólo sirven para hacerse matar alegre pero valientemente. Es vuestra única cualidad. Sois tan inconsciente que tengo por seguro que sabréis morir dignamente en las Antillas. Pero supongo que habréis ya sentado la cabeza. A bordo de este galeón hay, si cabe, mayor disciplina que en el cuartel de Mérida, donde tuve el dolor de que os enrolaseis bajo mi bandera. Tenedlo por dicho... ¿Queréis hablar? ¡En su lugar, descanso! Hablad, señor Yáñez.

—Es algo arduo el paso que... Me temo que usía coja un nuevo berrinche... Perdonad, perdonad, mi teniente coronel. Quise aducir que mi misión es complicada...

—¡Carguen de frente “arr”! A mí no se me entra al asalto por el flanco, imberbe mentecato. Ya me suponía yo que no habíais sentado la cabeza. ¡Atacad! ¿Qué insensatez os trajo aquí?

—Veréis señor. Por amor de una linda y honesta extremeña decidí trabajar.

—Mucho me place oír tan faustas nuevas. Y bien, ¿qué más?

Torcuato Yáñez alzó la vista, como invocando el favor celestial y, sin mirar al militar, recitó de un tirón:

—Solicito la venia, señor, para que nos concedáis permiso de embarque y alojamiento a bordo, que nos permita trasladarnos a las Antillas y allí desempeñar nuestro trabajo. Mis compañeros y yo somos actores intérpretes del mejor repertorio clásico dramático.

Don Arcadio del Cerro dejó oír un ruido peculiar. Sus labios bufaban cuando no hallaba palabras suficientemente enérgicas... Resopló, enhiestos los mostachos y rojo el semblante, bramó:

—¡Rayos y centellas! ¡Voto a mi sable! ¡Por los calzones de Belcebú! ¡Mozalbete osado! ¿Habéis confundido el barco que

alberga a mis infantes con una taberna flotante para comicastros hambrientos y mozas coquetuelas? ¿Habéis...?

—He venido a visitar al caballero, señor del Cerro-gritó Yáñez, imponiendo su voz por encima de la poderosa del militar. Su valentía debíase a la irritación de haber oído llamar “moza coquetuela” a su amada.

—El caballero os escucha-dijo repentinamente apaciguado el militar —. Hablad, imberbe mentecato, que tiempo habrá para que os suelte la coz.

—Habéis dicho alguna verdad, señor.

—Mil gracias.

—Somos cómicos hambrientos, sí, señor. Rabiosamente hambrientos. ¿Sabéis por qué tenemos hambre? Porque ellas son honestas y nosotros no sabemos adular ni arrastrarnos. ¿Sabéis que ayer noche robé para que pudiéramos comer? Ha sido mi primer robo, mi teniente coronel y bien lo lamento. Pero seguiré robando, si no puedo ir a las Antillas. Robaré y después mataré, si es preciso, pero no quiero ya ver sombras de hambre en las mejillas de la que quiero... Y ahora, señor, creo... creo que empiezo a sudar-dijo Yáñez, ante el ceño feroz con que le miraba el militar.

—¡Mentecato osado! —gruñó don Arcadio del Cerro—. Vos me hacéis dudar, con vuestras insensateces. Con que robando, ¿eh? ¿Y a mí me lo venís a decir? Os debería mandar poner los hierros. Me temo que si seguís en Cádiz, os encanallaréis irremisiblemente. Os doy plaza de corneta y soldada de tal. También os advierto que al menor rebrinco, os mando colgar.

—Gracias, mi teniente coronel. Aceptaría muy honrado... pero la quiero a ella por esposa.

—Esposas las hallaréis dispuestas en las Antillas. Es triste, pero muchas damas honestas encontraréis allí, como en Mérida las hallasteis, dispuestas a intentar redimir...

—Gracias, mi teniente coronel. Sin ella, no parto.

—¡Que os parta un rayo, pues! ¿No os rendís? ¿Queréis que se embarquen a la fuerza vuestros hambrientos compañeros?

—A la fuerza de vuestra nobleza y justicia dejo el decidirlo, señor.

—¿Cuántos son?

—Ocho conmigo, señor. Maese Roque Dávila y su esposa,

Rosaura Lozano, Purita Gracia, “Almizcle”, mi novia, Jacobo Naharro, Ernesto Villalobos y éste, vuestro servidor.

—¡Media vuelta, “arr”! A bordo no quiero solteras. Mujeres sin marido, que haya de defenderlas y llevarlas de rienda corta, no las quiero .

—Os di... os di los nombres de soltera —mintió apresuradamente Yáñez, viendo el cielo abierto—. Así lo mandan los cánones de la Farándula. Pero yo soy el único soltero. No obsta, mi teniente coronel-añadió, aún más apresuradamente y le agradó la repentina idea —. Puedo anticipar la ceremonia que aplazábamos esperando mejores tiempos y subir a bordo para presentaros a mi esposa.

—Ojito, paso lento y cautela, imberbe mentecato. ¡Os embarco! Sí, contad con ello. Pero que mis ojos vean la licencia matrimonial y que entiendo en ellas. ¡Media vuelta, “arr'! Pasado mañana zarpamos.

—De todo corazón os doy las gracias, mi...

—He dicho media vuelta, “arr”!

Yáñez salió precipitadamente. La parte más difícil estaba allanada. Pero aun le quedaba un segundo combate.

* * *

La compañía entera, salvo Ernesto Villalobos, aplaudió y vitoreó a Yáñez, cuando éste, de regreso del galeón “San Gil”, anunció que todo estaba solucionado y que el jefe de las fuerzas expedicionarias les admitía a bordo, brindándoles, gratuitamente, alojamiento y manutención.

Alzó las manos Yáñez para aplacar los comentarios alegres. Y adoptando el continente del que tiene que anunciar algo sin importancia, añadió:

—Tan sólo me impuso una pequeña condición mi antiguo jefe. Es un hombre recto y justiciero, que, bajo la apariencia de un genio hosco y chillón, encubre un alma buena. Estima que a bordo, la presencia de mujeres solteras podría ocasionar dificultades. Por lo tanto, empezaré yo a dar el ejemplo que han de seguir mis compañeros. Maese Roque y doña Gúdula-y se inclinó sucesivamente ante cada uno de los citados-antes de embarcar en busca de la dorada fortuna, tengo el honor de solicitar la sonrosada fortuna de la mano de vuestra hija. Si no os oponéis y ella me

concede el anhelado “sí”, quiero que al pisar cubierta del “San Gil”, sea ya mi esposa.

—'“Alegres lujos del placer” —cantó, alegremente, Rosaura—. “El mar, la húmeda patria, os mecerá haciéndoos dichoso el himeneo”.

Los ademanes aprobatorios de ambos viejos, fueron refrendados por los brazos tendidos con que, en pie, entre risueña y ruborizada, “Almizcle” ofrecía sus manos a los ardientes besos del que, por amor, se hizo comediante.

Ernesto Villalobos, extrajo de su faltriquera las antillanas que se colocaba cuando deseaba adoptar un aire reprobatorio.

—Largos años de amor compartido os deseo, amigos. Pero no te entiendo, Torcuato. Al hablar de una pequeña condición impuesta por el jefe del galeón dijiste que nosotros debíamos seguir tu ejemplo.

—Don Arcadio no admite a bordo mujeres solteras. Las desea enmaridadas. ¿Habéis comprendido?

—Es fácil. ¿No estamos acostumbrados a representar toda clase de papeles? Elige, Purita-concedió generosamente la inquieta Rosaura —. Puedes quedarte con Jacobo Naharro y yo soportaré, durante la travesía, las atenciones de Ernesto.

—Mi dulce Rosaura-y Jacobo puso rodilla en tierra ante la joven —. Te consta, y no me avergüenzo reconocerlo ante todos nuestros compañeros, que estoy perdidamente enamorado de ti y procuraría ser el marido más comprensivo y sensato que...

—No sigas, Jacobo-atajó, sonriente, ella —. Eres un buen amigo y por eso mismo no quiero exponerte al peligro de ser mi esposo.

—¡Acepto el peligro! —dijo, en sincera exclamación, Jacobo Naharro.

—Sálvate de tal destino-dijo Ernesto, sonriendo cínicamente —. Bastará con la comedia. Subiremos a bordo casados de mentirijillas.

—No puede ser, compañeros-dijo Yáñez —Don Arcadio no nos permitirá subir a bordo si antes no ha leído las licencias con sus propios ojos y comprobado su legalidad y autenticidad.

—Si es así, no me hagas sufrir más, bella Rosaura. A fe de Jacobo Naharro que siempre seré tu esclavo rendido.

—Antes todo es arrope... Después vendrá el vinagre. Pero eres bueno, Jacobo, y si tanto te ha de extasiar el tenerme por esposa,

ahí va mi mano que contenta aprisionará tu corazón.

Jacobo Naharro se olvidó de los restantes y, sentándose junto a Rosaura, vertió en su oído amorosas frases en torrente de elocuencia.

Purita Gracia, al sentirse blanco de todas las demás miradas, examinó, con evidente disgusto, la figura poco agraciada de Ernesto Villalobos. Pero en éste veía ella una cualidad: no poseía dignidad...

Y para los ambiciosos planes que llevaba meditando desde que vió posible su arribo a tierras áureas, la ausencia de escrúpulos y la cobarde rapacidad de Ernesto Villalobos podría ser su mejor auxiliar para la conquista del poder que el dinero concede.

—Sólo tú y yo quedamos en esta reunión amorosa, Purita. Soy feo y sé desempeñar magníficamente los papeles de marido tonto. Si me quedo solo, me moriré de hambre en un rincón. Si me convences, yo te convenceré. Dame un sitio en tu banco y hablemos de amor, sensata diosa...

Los argumentos que empleó Purita Gracia debieron ser convincentes. Lo cierto es que media hora después, las tres parejas solicitaban, con urgencia, ser recibidas por el párroco de la iglesia de San Cayetano.

La primera pareja en casarse ofrecía apariencia de verdadero enamoramiento; ambos contrayentes tenían idéntica expresión de arrobo al escuchar las frases rituales de la Epístola.

La segunda pareja se diferenciaba notablemente de la primera. Ella, escuchaba con maliciosa resignación, mientras él estaba arrodillado como el pagano ante su ídolo, que en tal ocasión, era una hermosa mujer alegre y simpática.

La tercera pareja, no obstante sus íntimos pensamientos, engañó al buen párroco, que vió en ella a la modosa y pudibunda novia recatada y en él al sesudo varón dispuesto a proteger a su futura esposa contra los embates de la maldad y la concupiscencia.

Pero, bajo el manto de la noche estrellada, sólo había tres seres inmensamente felices. “Almizcle” Dávila, Torcuato Yáñez y Jacobo Naharro.

Rosaura Lozano se dejaba querer por generosa condescendencia de su amable corazón versátil. Pura Gracia dedicóse a un experimento: quiso comprobar si sus encantos ejercían influencia en el frío y calculador Ernesto y al amanecer decretó que poco había

de costarle inflamar corazones viriles, ya que había logrado esclavizar al hasta entonces insensible y resentido comediante, que en la vida real había aceptado ser un cínico sordo y ciego a las evidencias, con tal de medrar al cobijo de las faldas de la que había desposado.

* * *

Don Arcadio del Cerro leyó las tres licencias matrimoniales. Pero, apenas hubo terminado de leerlas, envió a su propio ayudante a cerciorarse de la legitimidad de la firma del párroco de San Cayetano.

A solas consigo mismo, se excusó en voz alta:

—A mí, este imberbe mentecato no me engaña, que ya conozco sus latines.

Y sus mostachos temblaron recordando que dos años antes, en la terraza de un mesón extremeño, había besado la mano de la mujer que el corneta Torcuato Yáñez habíale presentado como esposa suya, siendo en realidad una bailarina sevillana de aspecto comedido, que el tal había tenido la desfachatez de alojar en el propio pabellón de los oficiales.

Pero el ayudante regresó confirmando ser cierto que la noche anterior el párroco había bendecido tres uniones matrimoniales, a las que correspondían las respectivas licencias..

Por eso, cuando Torcuato Yáñez pisó cubierta llevando del brazo a la hija de Roque Dávila, el teniente coronel dobló la cintura y besó la diestra de la recién desposada, haciéndolo con gracia cortesana.

Repitió el gesto en las otras dos diestras femeninas y juveniles y aplicado el chambergo contra el pecho, aminoró el grave registro de su voz, para decir:

—Feliz luna de miel a los jóvenes y prosperidad para todos. En nombre del Rey, me es grato dar hospedaje a bordo del “San Gil”, a los que, valientemente, van a llevar a nuestros compatriotas de allende el mar, la alegría de la farsa. No vacilo en llamaros los heroicos comediantes.

Rosaura Lozano hizo una graciosa reverencia:

—Gentil sois, señor, pero en pro de la sinceridad, mejor queremos aspirar al real título de los heroicos hambrientos.

—Todo es hambre, señora-replicó el militar, galantemente —.

Hambre de gloria, en mí, hambre de aventura en mis hombres, hambre de felicidad en los amores. ¡Voto a mi sable! ¡Os aprecio, señora! Desde este instante, mi expedición llevará el nombre de "Los heroicos hambrientos".

Bajo los más favorables auspicios de cordialidad, zarpó el "San Gil". Alrededor de la mesa de la sala capitana, reuniéronse en las comidas los oficiales y los cómicos.

Rosaura, con su aire distinguido y su gracejo, Pura, con su gentil discreción y "Almizcle", con su ingenuo talento natural para escuchar a los demás, pusieron la nota deliciosa de la presencia femenina en la forzosamente aburrida travesía que suponían iban a soportar los oficiales.

Tan sólo cuando el galeón se internó en el océano, dejando atrás las islas portuguesas, la constante actitud expectante de combate de los infantes, hizo renacer inquietudes en los apocados espíritus de los cómicos.

Reunidos en la cubierta alta, Jacobo Naharro expresó sus temores:

—He oído decir al capitán que vigilen atentamente. Rondan por estas aguas los temibles piratas.



—¡El Pirata Negro!

—No hay por qué tanto temer-decretó Roque Dávila, para tranquilizar los ánimos —. De uno oí hablar que era un generoso caballero.

—¿El Pirata Negro? —inquirió Rosaura—. Sus gestas me contó un audaz marino. Lo describió como un genial aventurero, de aspecto leonino, estremecedor, pero incapaz de villanía.

—No sueñes, Rosaura-atajó, fríamente, Ernesto —. Ese era un pirata de romance. Los reales… líbrenos el cielo de tropezar con ellos.

—Si tanto os asusta la idea, hay fácil remedio. Suponed que nos atacan. Nos apresarán y desearán obtener rescates. Cada uno de nosotros que desempeñe papel que no comprometa, pero que sea augurio de grandes riquezas…

Y Rosaura, expuso su plan en son de chanza, porque tenía absoluta confianza de que un galeón español, no sería atacado.

Capítulo II

Piratas en acción

—¡La noche nos es propicia, tigres del mar! ¡Pronto sabrán esos cuitados cuál es la furia del “Aquilón”!

Aquellas exclamaciones parecían brotar de lo alto del velero, que, entre la densa obscuridad de la noche nubosa y sin luna, avanzaba en sesgo hacia un galeón que penosamente abríase paso, entre las oleaginosas olas pobladas de algas flotantes y medusas verdosas.

—¡El “San Gil” avistado al crepúsculo lleva a bordo mujeres ricamente ataviadas! —exclamó la misma voz tonante que procedía del castillete de proa—. ¡Habrá rescate! ¡Y a cuchillo serán pasados cuantos soldados envía España! ¡Quiero que el mundo entero tiemble cuando ondee el pabellón del Aguilucho!

En el remate del mástil ondeaba un pabellón donde un aguilucho, con las garras engarfiadas se cernía sobre una presa invisible.

El capitán del velero, vestido enteramente de negro, era un atlético individuo de tez bronceada. Rebosaba vigor y estaba en la madurez de la edad.

Los tripulantes del velero, armados hasta los dientes, plasmaban eh sus bestiales rostros, la avidez del cercano combate.

Sólo uno de ellos tomó la palabra al callar el jefe.

En la obscuridad, donde ninguna luz reinaba, por navegar el velero apagadas sus linternas, resonó la ronca voz del que exclamaba :

—¡Pido hablar, Pirata Negro!

—Por tu voz adivino que eres Lutgardo. ¡Habla!

—Malas aguas son éstas, Pirata Negro. Estamos en las cercanías del Islote de los Aparecidos.

—¡Ni a muertos ni vivos jamás temí, bergante! Id todos a vuestros puestos, que ya la consigna os he dado. ¡Exterminio de los soldados! ¡Muerte a los marinos! ¡Vida en espera de rescate al pasaje! ¡A vuestros puestos y prestos al combate!

—Mirad, Pirata Negro, que el cañoneo puede soliviantar los espíritus que deambulan tétricamente por el Islote de los Aparecidos.

—¡Cobarde eres, Lutgardo, que a muertos temes!

Y apenas lanzada su exclamación, el hombre que hablaba desde el castillete saltó a cubierta.

Fué un salto acrobático, de elasticidad felina y un gemido brotó en la penumbra. Los más cercanos al llamado Lutgardo le vieron tambalearse. Vieron también cómo el capitán de la nave hundía de nuevo su puñal en la garganta de Lutgardo.

—¡Así castigo a los apocados! ¡No hay plaza en mi bordo para los débiles de espíritu! ¡Al mar con él! ¡Pronto!

No tardó ni un minuto en oírse el sordo chapuzón denotando que el mar abríase en piadosa tumba para el cadáver de Lutgardo.

—¿No temías a los muertos?

Y restalló una sonora carcajada demoníaca, brotando del amplio pecho del atlético capitán.

—¡Con ellos vas! ¡Dales recuerdos de mi parte! ¡Llévales los saludos del Pirata Negro!

El velero estaba ya distante escasamente una milla del galeón. Los artilleros, agachados tras las bordas, encendieron sus mechas haciendo cuenca con las manos, para encubrir la llamita.

—¡Atención a la orden de fuego! ¡Rasante a palos y velas! ¡Listos los hombres de abordaje!

Un ruido de hachas qué entrechocaban, anunció que los piratas cogían sus armas de abordaje.

—¡Doble fila de arcabuceros!

Una veintena de hombres se arrodillaron a proa, preparando sus horquillas y las distintas cargas.

—¡Tablas y garfios!

Disciplinadamente, otros piratas fueron arrimando las tablas y las largas cuerdas que a su extremó presentaban fuertes ganchos.

—¡Tomad mira, artilleros! ¡Fácil es desarbolar ese incauto galeón! ¡La noche nos es propicia! Y no olvidéis el grito de guerra!

¡Mi nombre infunde pavor por doquier! ¡Atención, tigres del mar! ¡Oído a mi voz! ¡Viva el Pirata Negro!

—¡¡¡Viva!!! —rugió la tripulación.

—¡Preparados, artilleros! ¡Apunten! ¡Voces!

—Lista la pieza, tres! —cantó un artillero.

—¡Lista la pieza uno

Cuando todos hubieron advertido su fácil maniobra, estalló estruendosamente la sonora voz de mando:

—¡¡Fuego!!



En la cubierta del galeón, “Almizcle”, envuelta en la misma capa que protegía a Torcuato Yáñez, sentíase dichosa, enlazado el talle por su enamorado esposo.

Todo era obscuridad, y sólo las linternas de proa y popa desparramaban cierto halo rojizo a los dos extremos del galeón que avanzaba pesadamente con viento cambiante.

—¿Eres feliz, cariño mío?

—Inmensamente, mi amor.

Eran naderías insistentemente repetidas, pero que cada vez les sonaban a nuevas y originales. No se cansabas de intercambiar puerilidades que para ellos condensaban toda la inteligente filosofía que en vano encierran los más eruditos tratados.

—Hermosa noche-dijo Yáñez, para quien el insondable mar .y la borrascosa negrura tenían grata apariencia, porque se hallaba al lado de su amada querida.

—Hermosa noche-repitió ella, con el mismo convencimiento.

Guardaron silencio porque de pronto sus labios se juntaron de nuevo.

Y así los sorprendieron Rosaura y Jacobo Naharro.

—¡Albricias, compañeros¡ —exclamó riendo Rosaura, usando la favorita exclamación de Yáñez—. Vosotros sí que habéis olvidado por completo a los piratas y a los aparecidos.

—Supersticiones de marinos... —comentó Jacobo, aunque mirando en derredor sin gran entusiasmo—. Comprendo que se dejen influenciar por leyendas de viejos soñadores. Esta noche es tétrica, espectral... Ha poco me pareció ver en lontananza un gran sudario que subía y bajaba...

—¡Calla, querido! —cortó suave, pero firmemente, Rosaura—.

Yo no temo al más vivo de los vivos, pero en oyendo hablar de muertos, me entran unos escalofríos que me dejan temblando noches enteras.

—Tiembla, pues, a gusto, bella Rosaura-dijo, surgiendo de la obscuridad, Ernesto Villalobos —, porque muy cierto es, y todos los marinos lo repiten, que nos hallamos rondando el paraje donde se alza el Islote de los Aparecidos. Dicen que por noches de luna vieron calaveras reír en los collados del islote y barquichuelos luminosos navegar por las orillas...

—¡También es ocurrencia! —protestó Rosaura—. Si hay fantasmas, ¿por qué navega el galeón por estas aguas?

—Porque son seguras. Ningún pirata ni corsario sé arriesga por estos contornos. Y como dice bravamente don Arcadio “Mostachón Cerril”, más vale bregar con apariciones que con piratas.

—No me gusta que hagas burla del teniente coronel-reprochó Yáñez dando un metido en el pecho de Villalobos —. Y, por cierto, hace ya fresco aquí. Acompaña a mi esposa al camarote, Rosaura. Deseo hablar a solas con Ernesto.

Las dos mujeres y Jacobo desaparecieron escaleras abajo, mientras Yáñez asía del coleto a Ernesto Villalobos.

—Eres despreciable, vil y ruin, calzonazos. Hasta hoy he intentado contenerme, pero estoy ya cansado de tascar el freno.

—Cada oveja con su pareja, Torcuato. No te exasperes. Yo y Pura no nos casamos por amor, sino por conveniencia. Ella acata mi deseo, y me contento con las migajas de caricias que le arranco..,

—¡Calla, hediondo gusano!... Estás esclavizado por ella, y lo que en principio creí ceguera de pasión, no es más que cálculo acomodaticio. Cuando lleguemos a las Antillas, tú y Purita os separaréis de nosotros.

—Ella y yo somos demasiado inteligentes para que vosotros nos podáis comprender...

—Ganas tengo de apuñearte y dejarte tieso, rufián. ¿Crees que no he visto el comportamiento de tu esposa? Al fin y al cabo, el pobre viejo es un caballero, pero también es muy hombre. Y lucha con su caballerosidad, pretendiendo dominar la pasión que hábilmente Pura ha sabido suscitar en él. Pero atiende, pelele; yo te juro que si mientras estamos a bordo ella incita a don Arcadio a que pierda su comedido y respetuoso tributo a la belleza que no te

mereces, yo te perforo de parte a parte, que para eso, como a mí, te dieron espada al dejar atrás la tierra española.

—Tienes empacho de Calderón de la Barca, y en este barco el único calderón sería yo, si se me antojara. Conque...

Un estampido ensordecedor hizo que los dos hombres se tambaleasen aturdidos. El galeón bamboleóse, y del Cielo pareció caer un hacinamiento de sudarios al desplomarse varias velas...

La explosión de los cañones iluminó la cercana figura de un velero, rebosante de piratas que gritaban como energúmenos.

En la cubierta del galeón originóse la mayor de las confusiones. Los soldados fueron los únicos que, atendiendo las voces de los oficiales, se apresuraron a ocupar posiciones de combate.

Una segunda andanada del velero pirata hizo volar por los aires, en pedazos, media borda de babor, y entre las astillas saltaron, envueltos en el humo de los cañonazos, cuerpos despedazados de militares.

Ernesto Villalobos, alocado, corrió a toda prisa hacia abajo. Torcuato Yáñez desenvainó, y, corriendo, llegó al lugar donde el teniente coronel daba sus órdenes, que el corneta retransmitía con agudos toques.

Una ráfaga hizo estremecerse el galeón. Acababa de disparar sus piezas artilleras.

Pero casi instantáneamente resonó una granizada que barrió la cubierta del “San Gil”; los arcabuces enemigos habían hecho una descarga. El corneta llevóse la mano al rostro ensangrentado y, arañándose el pecho, cayó muerto.

Recogió Yáñez del suelo la corneta y colocóse junto al militar, que ordenó:

—¡Fuego a discreción!

Una brutal colisión inmovilizó poco después el galeón. Las bordas, juntas por los garfios, se poblaron de aullantes piratas, cuyo número superior aplastó la denodada defensa que hacían los infantes combatiendo bravamente.

Torcuato Yáñez, con lágrimas de furor en los ojos, advirtió como el teniente coronel se persignaba lentamente, para desenvainar después, y, besando la hoja de acero, gritaba:

—¡Toca alegre, hijo! ¡Van a saber esos asesinos cómo muere un español!

Pero apenas había dado dos pasos, cuando un gesto de dolorida sorpresa torció el fiero semblante del teniente coronel. Un recio golpe inesperado le dejó sin sentido. • •

—Perdona, viejo-dijo Yáñez, inclinándose y levantando en brazos al maduro militar desmadejado —. Ir a la muerte tontamente es privar a España de un jefe valiente.

* * *

En el camarote no bastaban los esfuerzos de doña Gúdula y maese Roque para lograr impedir que “Almizcle”, forcejeando y llorosa, gritase su desesperación, queriendo subir a cubierta para morir en compañía de su esposo.

El fragor del combate arreciaba. Los ayes de los moribundos y las imprecaciones de los piratas llegaban claramente a oídos de los aterrados comediantes, amparados en el amplio camarote de la sala capitana.

—¡Sus y a ellos, tigres del mar! —gritaba de vez en cuando una voz sonora que se imponía al ruido de la refriega—. ¡Que sepan los que van muriendo quién es la gente del Pirata Negro!

Cuando en la puerta del camarote apareció Yáñez llevando en brazos a don Arcadio del Cerro, que depositó sentado en un banco adosándolo a la pared y manteniéndolo erguido, “Almizcle”, lanzando un grito de angustia, corrió a abrazarse al que creyó por unos instantes en trance de perecer.

Privado de apoyo, el viejo militar cayó de bruces sobre la mesa. Parecía dormir. En su nuca, la hinchazón del golpetazo que con la corneta habíale administrado Yáñez iba adquiriendo un tinte violáceo...

—¡Serenidad, compañeros, serenidad! —clamó Yáñez, con voz temblorosa—. Ha llegado el momento de ser buenos actores. Lo que dijiste, Rosaura, hay que llevarlo a cabo. Que cada uno de nosotros sea rico español en desafortunado viaje. Respetarán nuestras vidas, y ellas no sufrirán daño si les alucinamos con rescates. En cuanto a don Arcadio, pongámonos todos de acuerdo para afirmar que es un pobre loco con manías militares y que la impresión sufrida le ha hecho creer que es teniente coronel y jefe del galeón. Hay que salvarle mal le pese, y, mientras los piratas esperan el rescate, ya ingeniaré modo de salvarnos. ¡Confiad en mí! ¡Serenidad!

Si temblaba, era por temor a lo que pudiera suceder a su esposa.

La brusca aparición de un atlético pirata, tras el que se apiñaban rostros patibularios, hizo que las mujeres se apretaran más estrechamente contra sus respectivos maridos.

El recién llegado envainó el pesado sable tinto en sangre, y sus ojos negros destellaron crueles mientras iba mirando lentamente a los agrupados en el amplio camarote.

Vestía enteramente de negro. Sobre el pecho de la camisa llevaba bordados en rojo una calavera y dos huesos cruzados. El largo cabello negro estaba a medias cubierto por un pañuelo rojo, y de sus orejas pendían aretes de oro.

Era un hombre en la plenitud de la fuerza física, y su risotada estalló sarcástica.

—¡Hola, pasajeros! Tenéis el honor de ser huéspedes del Pirata Negro. ¡Hola, hola! —y su mirada se posó en el que parecía dormir de bruces sobre la mesa—, ¡Éste viste arreos de jefe de soldadesca!

Desenvainó el sable, avanzando un paso, mientras en el umbral se apiñaban varios piratas, chorreando sangre y lanzando miradas torvas...

—Es un pobre loco-dijo Yáñez, tratando de afirmar su voz —. Vino de las Españas en nuestra compañía, y hemos velado por él por encargo ele su familia, que lo envía a morir entre sus parientes los duques del Infantazgo que mucho le quieren.

—¡Hola, hola! ¿Duques del Infantazgo? ¡Que me place! ¡Despiértalo, tú mismo que hablas! ¡Buen loco ha de ser, y para atar, ya que duerme tranquilo estando ante él yo, el Pirata Negro!

Vacilante, Torcuato Yáñez empezó a sacudir por el hombro al desvanecido...

—¡Voto a mi sable! —gruñó, aún inconsciente, el militar.

Algunos piratas rieron con mueca estúpida. El que se hacía llamar el Pirata Negro sentóse en el banco y brutalmente descargó un bofetón de lado en el rostro del teniente coronel, que cayó derribado al suelo por la fuerza del golpe.

—¡Atadlos! ¡Presto! —gritó el Pirata Negro—. ¡Muerte al que resista!

Los piratas invadieron el camarote, y a las blasfemias de ellos se mezclaron los gritos de terror de las mujeres.

Sentado, extendidas las piernas y apoyada la ancha espalda contra la pared de la sala, el jefe de los piratas empezó a examinar

con detenimiento a Rosaura, que no le quitaba ojo de encima.

—Un “custodio” para cada preso. Los demás, fuera.

Detrás de cada prisionero atado quedó un pirata sosteniendo las ligazones de los brazos.

En la puerta presentóse un robusto sujeto mal encarado, falto de una pierna y un brazo.

—Agua en la bodega del galeón, Pirata Negro.

Levantóse el interpelado.

—Que achiquen y los llevaremos a remolque hasta el islote. Los presos, a mi sala. ¡Presto!

Encabezada por el Pirata Negro formóse la caravana, en la que los presos eran empujados violentamente por los piratas.

Poco después poníase en marcha el velero, y a favor de la corriente y el viento remolcaba el galeón hacia la distante masa confusa del islote llamado de los Aparecidos. '

La cubierta del galeón parecía un bosque desmantelado por un huracán, y los palos cortados de cercén servían de picota a los cadáveres de los soldados españoles.

En la sala capitana del velero los presos formaban una rueda ante la mesa donde, sentado junto al Pirata Negro, el “cojimanco” alisaba un pliego de papeles, y aguardaba pluma en mano.

—Tú primero-dijo el Pirata Negro señalando a Torcuato Yáñez —. Acercadlo, que le voy a interrogar.

Un brutal empellón lanzó a Yáñez junto a la mesa.

—Tu nombre y apellidos. Y también tu profesión.

—Torcuato Yáñez, gentilhombre de cámara, hijo de Yáñez el naviero de las Indias, con residencia en la ciudad gaditana.

—¡Que me place! Vete apuntando, escribano. ¿Conque hijo de naviero armador? ¿Cuántas naves tiene tu padre?

—Ocho, de las cuales tres son galeones.

—Escribirás carta a tu padre, pidiendo por tu pellejo diez mil onzas de oro a entregar al portador de la carta. Tienes cara de despejado, con lo cual te indico que no escatimes los apremios. ¿A qué ibas a las Indias?

—Viaje de comercio e instrucción. Y a la vez para acompañar — y Torcuato Yáñez bajó la voz, adelantando el busto-al pobre viejo de los mostachos canosos que viste con arreos de militar, y se cree un jefe. Su familia me encargó lo dejase en casa de sus parientes los

duques del Infantazgo.

—Guardián de locos. Bueno. ¿Alguna de las hembras te pertenece?

—Mi hermana "Almizcle".

—¿Cuál de ellas?

La aludida por Yáñez avanzó, y el pirata la miró complacido.

—Flor delicada y exquisita. Apunta, escribano, veinte mil onzas de oro por la hembra "Almizcle". Si a la vuelta de dos meses no está aquí el oro, siempre quedará un consuelo..., ¡Echadlos atrás! ¡Avanza tú, viejo del mostacho!

Don Arcadio del Cerro miró con desprecio al pirata que le empujaba. Se irguió ante el jefe pirata.

—Habla, viejo. No chochees demasiado.

—Horca te deseo y pronto, fementido asesino-gruñó el militar.

La mano diestra del pirata sostenía un vergajo que zumbó cruzando el rostro del teniente coronel, que por la fuerza del golpe retrocedió un paso.

—Libres quisiera mis manos e ibas tú a saber quién era yo.

—Ten la lengua, orates, o te rajo en canal-rugió el Pirata Negro.

—Muy valiente eres contra enemigos inferiores en número. Cierto que eres todo un hombre atacando por sorpresa y a traición. Eres un héroe amenazando a hombres atados y pretendiendo atemorizar a damas. ¿Y tú eras el caballero español de generosa valentía? Oí a veces hablar del Pirata Negro..., y ahora veo que no eres más que un torpe pirata que pretende impresionar con gritos y visajes, porque carece de la verdadera valentía que distingue...

—¡Metedle mordaza!

El pirata que estaba tras el militar obedeció la orden, y su propio pañuelo desapareció en la boca abierta del jefe del galeón, cortando sus frases.

—¡Llevadlo a cubierta y dadle solfa! ¡Diez latigazos para que se amanse su locura! ¡Lleváoslo! Y, terminado el vapuleo, encerradlo en la mazmorra, para que eche discursos a las ratas.

La risotada grosera del Pirata Negro fué coreada por los piratas.

Rosaura avanzó pese a que Jacobo Naharro quiso interponerse, no pudiendo lograrlo porque el pirata que le apresaba tiró de sus ligaduras.

—Os saludo, Pirata Negro... —dijo ella, dulcemente.

—Hola, hermosa. ¿Quién eres tú?

—Rosaura Lozano, condesa de Yeste. Y así como mi título es de todos sobradamente conocido, también lo es el vuestro, señor pirata.

—Mi fama ha cundido por todos los mares y tierras. ¿Soy tal como esperabas?

—Vuestro aspecto es leonino. Vuestras palabras son atinadas. Todo en vos es tal como la fama pregona-fué mintiendo ella,

—Hábil lengua la tuya, condesa... ¿Pretendes con ello obtener un rescate menos cuantioso? Apunta, escribano. Veinte mil onzas de oro por la condesa Yeste. ¡Tú, llévala a la Cámara Azul! Hablaré luego contigo a solas, preciosa condesa.

Por los ojos de Rosaura pasó un destello de temor y repulsión, pero, sobreponiéndose, partió arrastrada casi por el pirata que la custodiaba.

Tenía formado su propósito. Procuraría vencer con astucias femeninas, para lograr tener las manos libres. Después mataría..., porque aunque todos sus compañeros lo ignorasen, ella era en el fondo romántica, y en su mente de niña habían causado honda impresión, años antes, los relatos de un marino que elogiaba la generosa y caballeresca actitud del Pirata Negro.

Al matarlo no sólo trataría de evitarse el peor de los ultrajes, sino que también tomaría venganza contra el que había truncado un bello ideal.

Jacobo Naharro sollozaba convulsamente cuando vió desaparecer a su esposa. El Pirata Negro le miró refocilado.

—¿Tu esposa, llorón? ¡Tráelo acá! Tienes cara de liebre, conde Yeste. Apúntale diez mil onzas, escribano. ¡Y llevadlo al puente! ¡Diez latigazos para que llore a gusto! Después dadle la compañía del loco.

Con el vergajo señaló al viejo matrimonio Dávila.

—Vosotros dos que estáis hombro contra hombro ¿quiénes sois?

—Marido y mujer... —replicó maese Roque, afianzando la voz—. No tenemos título. Somos honrados mercaderes...

—Nombres.

—Roque y Gúdula Dávila. Podemos pagar diez mil onzas cada uno. Nuestros hijos en Sevilla las pagarán.

—Más no valéis-dijo riendo a carcajadas el pirata —. Apunta,

escribano. Veinte mil onzas sevillanas para esos dos vejestorios. ¡Lleváoslos a la cámara grande, con los dos Yáñez!

Quedaron solamente en el camarote Pura Gracia y Ernesto Villalobos... Gruesas gotas de sudor inundaban el rostro del cómico...

El Pirata Negro levantóse y ante la pareja hizo ondear su vergajo.

—¿Padre e hija?

—¡Sí, mi generoso señor! —casi aulló el cómico.

—¿Tu nombre?

—Ernesto de Villalobos, marqués de tal título.

—Buena costumbre la del Rey de enviar su nobleza a las Indias. Bien que me percaté de ello cuando os vi como conejos asustados en el salón. Mis hombres ven que tengo olfato, y grandes serán las ganancias. Tienes un título elevado, marqués. Apúntale treinta mil onzas, escribano. ¡Tu hija no pagará rescate porque con ella me quedaré! ¡Llevadla a la Cámara Azul, junto a la otra aristócrata! ¡Yo rebajaré los humos a esa pandilla de palaciegos!

Quedóse a solas con Ernesto Villalobos. Le miraba con tanta fijeza, que el cómico empezó a parpadear, angustiado.

—Mentiras he oído, marqués... El pretendido loco habla muy sensatamente. Me insultó, pero su talante era el de un hombre cabal.

—Os mintieron, mi buen señor.

El vergajo cruzó a diestro y siniestro el rostro del cómico, que, de no ser por el pirata que le sostenía, hubiese caído al suelo.

—No me llames “mi buen señor". Soy el Pirata Negro. ¡Habla!

—Os mintieron, señor. El viejo del mostacho es el teniente coronel jefe del galeón. Su nombre es Arcadio del Cerro. Venía al frente de la expedición de soldados.

—¿Entonces el hijo del naviero me mintió?

—Él fué quien privó de sentido al militar, para evitarle muerte.

—¡Que me place! Pero... ¡entonces es tan pariente de los duques del Infantazgo como yo mismo! ¡Apunta, escribano! ¡Triple rescate para los hermanos Yáñez! Verás que nada se me escapa, marqués. Por tus buenos servicios, prometo tratar con mucho mimo a tu hija.

Y el Pirata Negro, lanzando una sonora carcajada, derribó de un puñetazo al supuesto marqués de Villalobos.

—Refréscalo en cubierta y llévalo junto a los hermanos y los viejos. ¿Qué ocurre?

El pirata en el umbral saludó torpemente :

—¿Echamos ancla, Pirata Negro? Está ya a la vista la orilla del islote, del Islote de los Aparecidos.

—Que tu voz no tiemble, o te doy correa. ¡Echad anclas! ¡No hay aparecido que pueda vencer el valor del Pirata Negro!

Capítulo III

El Islote de los Aparecidos

El islote, visto desde el mar, tenía una configuración cónica. Cuando los rayos del sol lo iluminaban destacabase el contorno de sus orillas peladas y desprovistas de toda vegetación, como si un voraz incendio hubiese quemado la tierra baja.

Algunos navegantes antillanos recordaban que allá por los principios del año 1712 grandes llamas habían aureolado de humo el cónico centro de la isla perdida y deshabitada,

Y también de entonces databa la aparición de trasgos que ponían pavor en el ánimo de los navegantes.

Cuando algún marinero enfocaba el islote con su anteojo, lo calificaba de uno más de los pedriscos que salpicaban el verde mar antesala del Caribe.

Veíase a las claras que carecía de vegetación y agua. Y su aridez, puesta de relieve durante el día, y sus extrañas apariciones nocturnas, hicieron que el islote que recibiera el nombre de “los Aparecidos” fuera escrupulosamente evitado por todos los barcos.

Una gaviota extraviada, tras andar torpemente por la orilla del islote, remontó el vuelo hacia el cono del collado. Y su leve aleteo grácil, interponiéndose bajo el sol, creó una fugaz sombra en el inesperado espectáculo de un valle verdeante en cuyo centro se abría una límpida laguna, donde un velero anclado semejaba haber sido transportado por una ola gigantesca, quedando encerrado para siempre en lo hondo de aquélla depresión.

Alrededor de la laguna alzábanse varias chozas... La gaviota siguió su vuelo.

En la falda del collado invisible desde el mar, dos hombres dedicábanse en aquella mañana a un extraño ejercicio.

Uno de ellos, desnudo el torso hercúleo abrazaba un grueso

tronco de árbol, que solamente para levantarlo hubiera exigido el esfuerzo de dos hombres corpulentos.

Lo alzó encima de su cabeza, arrojándolo unos metros más allá, frente a él, donde un sujeto de rostro lleno de cicatrices, velloso el redondo torso macizo, recogió el tronco, abrazándose a él.

En silencio, el tronco iba siendo lanzado de uno a otro de los dos hombres. Los músculos se abultaban a causa del esfuerzo, y el torso velludo del más viejo se perlaba de gotas de sudor.

El más joven quedóse unos instantes con el tronco al extremo de sus dos brazos en alto. Sonrió y lo dejó caer al suelo.

—Basta por hoy de jugueteo, don Marcelo. Buen combate es éste, en el que la sangre no corre, y la carne se mantiene prieta y dispuesta para mejores ejercicios. ¡Al agua, patos!

Corrió ladera abajo el que hablaba, seguido a distancia por el más corpulento. Poco después ambos hundíanse en la laguna, y por espacio de media hora nadaron vigorosamente arriba y abajo.

De vez en cuando pasaban cercanos al casco del velero anclado... Cuando salieron del agua, para remontarse a fuerza de puños por la cadena del ancla hasta la cubierta, de las chozas salieron hombres que, unos tras otros, sumergiéronse en el agua.

En cubierta del "Aquilón" el Pirata Negro sacudióse y estiró los brazos, mirando el sol que en la altura refulgía brillante.

—Arcadia feliz la nuestra, don Marcelo. Felices ignorantes más sabios que los mundanos, los que aquí han hallado un refugio por nadie pisado. Vivir de acuerdo con la .Naturaleza remoza el espíritu y la sangre, limpiando ambas linfas de impurezas... ¿Estás de acuerdo?

"Cien Chirlos" asintió gravemente.

—Sí, señor.

—Pues no, señor. Empezamos ya a estar hartos de tanta Naturaleza, don Marcelo. ¿Verdad, guapetón?

—Sí, señor.

—¿En qué quedamos, alma mía? ¿Sí o no?

—Lo que tú digas, señor.

—Nos bulle la sangre, guapetón. Y troncos, carreras y remojones no nos bastan. Que cuatro son ya los años transcurridos desde que aquí anclamos, sin pelear ni navegar. Mi "Aquilón", que trabajo de romanos nos costó engarzar en la joya liquida de este valle oculto,

pide guerra. ¿No lo oyes temblar bajo tus plantas, pidiendo orzar al viento salado?

—¡Sí, señor!

—¿No lo sientes estremecerse y gritar: “¡Basta ya de agua dulce!”?

—Sí, señor-dijo con menos fuerza el lugarteniente del Pirata Negro.

—Buenos días, padre.

La voz infantil que parecía brotar del suelo, hizo que Carlos Lezama mirase hacia abajo.

Un niño de unos cinco años, vestido con amplia camisa de seda, blanca, cortos pantalones de terciopelo azul y sandalias de cuero recamadas en bordados, alzado el rostro delicado que enmarcaban largos cabellos rubios recogidos en trenza, tendió los brazos, algo vacilante.

—Hola, mi señor don Humberto —rezongó el Pirata Negro, asiendo por las manos a la criatura y aupándola.

“Cien Chirlos” miró extasiado al blondo muchacho, que ahora, en brazos de su padre, seguía ostentando una mirada huidiza, temerosa...

Carlos Lezama, fruncido el entrecejo, miró el semblante de su hijo.

—Si no me besáis es que os sentís culpable, mi señor don Humberto. Y si no os beso, es porque estimo que sois un perillán poco hombre aún para recibir azotes.

—¿Qué hice malo, padre?

—Vos mismo lo confesaréis, que yo no acuso a mequetrefes... —v bruscamente depositó el Pirata Negro al niño en la cubierta, marchándose.

Humberto Lezama, conde de Ferblanc, miró angustiado al hombre que dirigíase hacia la sala capitana. Después, al verle desaparecer, miró con menos timidez al robusto cincuentón.

“Cien Chirlos” masticaba en busca de palabras...

—Decidme, padrino-dijo con meliflua voz el niño —. ¿En qué ofendí a mi señor padre?

—Verás, Humberto-empezó a decir el lugarteniente, con ceño absorto, pesando y midiendo sus palabras —. Tu padre, dueño y señor de todos nosotros, es hombre y caballero de carácter recio...

Tú, ayer tarde, viste a “Requesón” pelearse con “Roja Cloaca”, y se lo contaste a tu padre, cuando este fué a besarte al acostarte.

—Se lo dije, porque no me gusta ver pelear, padrino.

“Cien Chirlos” rascóse el cráneo, completamente aturrullado. Suspiró con nostalgia.

—Corta es tu edad para amar la pelea, Humberto. Pero no debes ser acusica ni soplón. Tu padre detesta... detesta ¡a los “chivatos”!

—¿Eso qué es, padrino?

—No se lo digas a mamá, ¿eh, muchacho? “Chivato” es el hombre que escucha o ve, y repite lo que oye o cuenta lo que vió. Un hombre, en caso como el tuyo, hubiera ido a “Requesón” y le hubiese dicho, por ejemplo: “No pelees, porque no me gusta”. Y él te hubiera hecho caso, que para eso eres el hijo de nuestro capitán. Pero no debiste contarlo a tu padre.

El niño demostró su patente perplejidad, abriendo hasta el máximo sus ojos pardos.

—Yo creí hacer bien, padrino.

“Cien Chirlos” se agachó, y, recogiendo en sus brazos al hijo del Pirata Negro, le abrazó con sonoros besos, mirando antes si no había testigos.

Y en voz baja le susurró al oído:

—Eres tierno aún, mozalbete, para saber entender esas cosas. ¿Sabes qué harás? Cuando pasen unas horas, te acercas a mi señor, y le dices: “Padre, hice mal en soplar la pelea. Yo sé que cuando tenga más fuerzas y edad, me gustará pelear”. ¿Comprendes?

El niño dió cabezadas, aunque seguía sin entender.

—Ahora, cuélgate de la cuerda y date un baño en la laguna.

—Tengo miedo a solas, padrino. Te aguardaré.

—Bueno-rezongó “Cien Chirlos” —. Pasea ahora, mientras yo me desayuno.

Y, dejándolo en el suelo, “Cien Chirlos” se alejó hacia la sala capitana. Suspiró dé nuevo. Recordaba al viril y sincero chaval, que creía muerto, allá en aguas de la isla canaria de Lanzarote.

Recordaba pero nunca lo exteriorizaba, al mocito brutal y peleador, que sabía, escupir y sabía reír, hablando con voz demasiado sonora para su corta edad, apoyando, al igual que su padre, los puños en las caderas, en ademán juguetón de perdonavidas...

En el comedor de la sala capitana, una mestiza mulata iba disponiendo los cubiertos y manjares. Cuando terminó, regresó a la cocina de entrepuente.

Sólo entonces, la mujer de rostro de Madona y grácil figura habló cariñosamente, apoyando su diestra en el hombro del Pirata Negro, sentado junto a ella.

—¿Preocupaciones, Carlos?

—A tu lado no puedo tenerlas, Mireya.

Mireya de Ferjus, marquesa del mismo título, sonrió alegremente.

—No sabes mentir, Carlos.

—Cierto. Y también tú sabes lo que me preocupa.

—No achaques la culpa a su carácter, Carlos. Es aún un niño.

—Crece endeble. Teme a su propia sombra. Salió rubio siendo yo negro como el carbón y tú morena y valiente. Demuestra inclinaciones a la hipocresía. No aborda, sino que soslaya. ¡Este maldito valle tiene la culpa!— exclamó al ver una sombra de melancolía pasar por el rostro de su esposa. —Se ha acostumbrado a abrir los ojos del entendimiento en un lugar donde, si bien hay



—Nada tengo que perdonarte, Carlos.

reposo y felicidad, no hay vital impulso humano de pelea...

—Han sido cinco años felices, Carlos.

—Cinco años de ocultarse como lobos acosados. Cinco años en que Humberto, pegado a tus faldas, parece una damisela... ¡Perdona, Mireya!

—Nada tengo que perdonarte, Carlos. Quizá tengas razón. Humberto debe conocer la vida con sus fealdades y debe saber

reaccionar ante ellas como supiste enseñarle a tu hijo Carlos. Nuestro hijo Carlos, que si bien nunca le conocí, pudo crecer como tú deseas, porque conoció el embate del mar y vió derramarse la sangre de hombres muriendo y combatiendo.

—Yo no te reprocho que a nuestro hijo quieras evitarle el empleo de palabras recias. Comprendo que soy infantil y estúpido, pretendiendo para él la educación de un pirata... Pero el justo medio, Mireya. Que sea un conde de Ferblanc, no obsta para que ame lo que todos los hombres amamos... ¡Ah, don Marcelo! Buen juez nos llena oportunamente.

"Cien Chirlos", tras inclinarse, como siempre, ante la mano que le tendía Mireya de Ferjus, sentóse ante los dos, que encarnaban para él el summum de las cualidades humanas.

—Hora es de hablar con claridad, guapetón, y si tu opinión pido es para oír sensateces de bruto henchido de sentido común. Además, tú eres el padrino del mozo.

Hundió "Cien Chirlos" el semblante en el amplio tazón de café. Temía más lo que iba a seguir que enfrentarse con tiburones atadas las manos...

—Hace cuatro años que dimos fuego a los brezales de las orillas, y, para asegurarnos un refugio, pusimos manos a la patraña de suscitar la fácil superstición haciendo pasear como en ronda de centinelas blancos mascarones, esquifes con velas untadas de alga brillante y demás zarandajas, que, si no fueran cómicas, resultarían trágicas. Recurrimos a todos estos artilugios para que el cabecilla de una manada de hombres con la cabeza a precio pudiera convertirse en un padre comodón y modelo. Los pocos indígenas que ocultos hallamos en este valle se hicieron nuestros amigos, y se ha vivido una existencia empapada de naturales libertades. Mi hijo ha ido creciendo, y, acostumbrándose a esta vida regalona, supone ya que todo en el monte es orégano. Ante ti, mi segundo, declaro que he sido dichoso, porque tu dueña y señora, que lo es mía, es la dama más inteligente y comprensiva que jamás merecí hallar. Pero el mozo crece endeble, afeminado y taimado. ¿No es así, don Marcelo?

—No es así, señor. Y después puedes...

—Ya sé, va sé. Después puedo darte coces. Gracias por tu permiso. Pero si pido que hables claro, es porque eres el único que con ella, nuestra dulce tirana-y el Pirata Negro besó las dos manos

entrelazadas de Mireya de Ferjus-puede llamarme la atención cuando resbalo. Tú compartes nuestro yantar, don Marcelo. Comparte, pues, mi duda. ¿Es su carácter o es el ambiente el que hace que el condesito sea un alfeñique?

—Es un brote aún tierno, señor.

—Es un niño delicado y asustadizo, don Marcelo.

—Tiene pocos años, señor.

—A su edad, mi... nuestro hijo Carlos se revolcaba contigo y cantaba coplas de guerra.

—Creció... en el mar abierto, viéndoos pelear, señor.

—Anoche sopló.

—Creyó que era su deber, señor, contarte lo que vió. Disciplina.

—Ya hay un defensor; y tú, Mireya, ¿no aportas también defensa?

—Un niño que ha poco cumplió cinco años no puede razonar como un pirata caballeresco, Carlos. Tenéis vosotros un código que sólo se aprende con los años.

—Cierto, y en eso estoy. Pero recuerdo que una vez robó Carlos en mi alacena. Le llamé, y sólo le bastó mirarme para acusarse espontáneamente, y correr en busca del látigo que había de restallar contra sus posaderas.

—Día llegará en que Humberto también hará lo mismo-dijo Mireya.

—En esa esperanza vivo. No niego que Humberto sea inteligente, sagaz, y se extasía ante una puesta de sol, y sabe emocionarse oyendo el trino de un pájaro. Pero, ¡centellas!, que no quiero yo un hijo poeta, si a la vez no sabe repartir tajos y mandobles. ¡Llama al mozo, guapetón!

Levantóse “Cien Chirlos”, y su vozarrón gritó el nombre del hijo del Pirata Negro y Mireya de Ferjus.

Entró el muchacho con la vista baja, yendo a detenerse ante la mesa.

Mireya esbozó una tímida sonrisa cohibida.

—Alza la vista, hijo-musitó.

Humberto, con visible esfuerzo, miró al Pirata Negro, después de contemplar unos instantes a su madre.

—Yo fui... ¡yo fui un “chivato”, padre!

—¡Tale!... —murmuró complacido el Pirata Negro—. Eso ya son

palabras mayores, hijo. Me place que lo reconozcas. En lo sucesivo no me cuentes lo que veas y que mal hecho esté, porque ya tengo mis espías. ¡Ven acá, muchacho!

Cogió el Pirata Negro al niño encima de sus rodillas. Le besó en la mejilla.

—¿No te gustaría ver otros espacios y oír la canción de las olas? ¿No te gustaría vivir en casa de cimientos sólidos y ver desfilar hombres que nunca viste, portando espada y desenvainándola unos contra otros?

—Sí, padre-dijo él, débilmente.

—Pero para ello has de fortalecerte, galán. No te he de gruñir si juegas con aceros y brincas por las cuerdas y retozas en el agua. Vete ahora a nadar con tu padrino. Anda, mocito.

A solas con su esposa, el Pirata Negro sonrió.

—Me revienta el mocito con sus respuestas acarameladas, Mireya. Pero tenéis razón tú y el aragonés. Es un brote aun tierno, e insensato soy en reprocharle que sea un buen hijo modoso y dócil. No dudo que será un conde de Ferblanc perfecto, que en su día bailará con mesura y rondará cortes españolas. Pero algo de vigor he de injertar en él. ¿No percibes que siempre me mira con temor?

—¿Qué quieres, Carlos? ¿Que coja un hacha de abordaje y con ella a rastras te aseste tajos a guisa de saludo matinal?

Rieron ambos, porque era completa la fusión de sus mentes en entrega mutua sin reservas.

Al atardecer, desde la cumbre del collado, un pirata descendió corriendo. Fué a detenerse ante él Pirata Negro, que asestaba mandobles a “Cien Chirlos”, también armado de espada.

—¿Te persigue el diablo, “Tirabeques”?

—Galeón a la vista, señor. Artillado y con pabellón real español.

—Buen viento y buen viaje. El mar es libre.

—Contornea la isla por el Sur un velero, señor.

—¿Cuál es su rumbo?

—Parece acechar la singladura del galeón, señor. Como si aguardara a que las tinieblas le permitan atacarlo.

—Allá ellos dos, que yo vivo apartado del mundanal ruido como recomendó el sabio fraile. Vuelve a tu observatorio, “Tirabeque”. ¡Tercia al flanco, guapetón! ¡Alza la guarda, torpe!...

Ya anochecido, el Pirata Negro y su lugarteniente pasearon por

la gran alameda que entre arbolado se abría a un extremo del valle, donde un arduo trabajo de compuertas, fosos y leños alisados permitía, llegado el momento, asegurar al “Aquilón” salida al mar, abriendo la compuerta final que permitiría la entrada de las aguas; saladas, creando en la senda de leños el suficiente espacio líquido para que el casco resbalase, y la tracción de los hombres, en yunta de calabrotes, resultara menos titánica.

La noche era obscura y neblinosa. Quizá a su influjo el Pirata Negro sintióse inclinado a confidencias que evitaba normalmente.

—No es que desee volver a ser un esclavo de la civilización, don Marcelo. Pero ella merece un hogar estable. No podemos persistir mucho tiempo privándola de una vida que le pertenece por derecho propio. Naturalmente que, por más que me devano los cascos, no hallo mejor refugio que éste. ¿Tú no crees que conservar a Humberto envuelto en los blandos algodones de una cotidiana existencia sin peligros le perjudica?

—Dentro de cinco años, señor, podrá ya el mozo entender mucho de lo que hoy no comprende.

Continuaron paseando hasta que, llegada la hora de la tardía cena, regresaron a bordo.

En el camarote donde estaba acostado Humberto no pudo abstenerse el Pirata Negro de evocar la figura de su otro hijo Carlos, que él suponía enterrado en tierras de Lanzarote.

Y su mirada ausente no pasaba desapercibida al incipiente cerebro observador de Humberto...

Era ya muy entrada la noche, cuando un intenso cañoneo rasgó el silencio, repercutiendo en ecos sonoros en el interior del valle.

Saltó del lecho el Pirata Negro, que revistió sus ropas. Mireya sonrió sin hablar al sentir en sus cabellos la caricia de la mano varonil, que se hacía suave para no despertarla.

“Cien Chirlos” aguardaba en cubierta. Por la escala siempre tendida llegaron al esquife que les dejó en tierra.

Ascendieron hasta la cima del collado.

—Montada la guardia, señor-saludó el pirata que estaba de vigía en la concha formada por dos rocas planas.

En la obscuridad lejana del horizonte veíanse los círculos de luz del cañoneo. Tendió “Cien Chirlos” su larga vistas al Pirata Negro.

Después de unos instantes de observación, mientras duraba el

fulgor de los cañonazos, el Pirata Negro dejó oír una suave risa.

—¡Tate!... Estoy legañoso o veo visiones, guapetón. Enfoca el palo mayor del velero, y cuando estalle la pólvora y se ilumine el aire, dime lo que ves ondear.

Por unos instantes guardó silencio el lugarteniente. De pronto, gritó, excitado y con voz de pasmo escandalizado:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

—Ya me suponía que no eran sacristanes los que atacaban, don Marcelo. Procura ser más explícito.

—¡Nos han...! ¡Te han robado, señor! Hay pabellón de aguilucho en lo alto del palo del velero.

—Libre es el bordar aguiluchos en tela. Paréceme que el galeón ha perdido. Ha dejado que se le acercara demasiado el astuto velero. Ven a pasear conmigo, don Marcelo. Nuestros fantasmones playeros ya nos dirán en qué paró el combate.

Eran las cuatro de la madrugada cuando un pirata, quitándose mientras corría sus negros y flotantes ropajes, y apagando en soplo la vela que ardía en el interior de un hueco calabacín, que simulaba sepulcral calavera, fué a detenerse frente el Pirata Negro y su lugarteniente. Boqueaba como si estuviera al borde de la asfixia, o el estupor le tuviera incapaz de pronunciar palabra.

Miraba desorbitado al Pirata Negro, sin atreverse a hablar.

—¿Soy guapo, verdad, “Escopla”? Cuando acabes de contemplarme, hazme el gran honor de hablarme. Estoy ansioso de oír tus madrigales.

—Señor..., señor... —gimió angustiado el pirata—. ¡Es increíble!

—Cuando tú lo dices... Lo que sí no va a ser increíble es el puntapié que voy a propinarte en el buche para que hables ya de una vez. Y hazlo reposadamente. Toma respiro y fuelle, y mide cuanto dices. No vaya a ser que andar jugando al fantasmón te ha hecho ver fantasmas.

—Como nos ordenaste, señor, esta noche me tocaba turno de vigilancia en el esquife. Quité la vela brillante y puse la embreada para poder acercarme a los dos buques que bregaban. Y... ¡el velero luce tu pabellón, señor!

—Bien. ¿Qué más?

—Oí gritos de “tigres del mar”..., y los malditos del velero invocaban en falso tu nombre, señor, atacando y diezmando a los

del galeón al grito de "¡Pirata Negro!". . '

—¿Qué más?

—Traen a remolque el galeón, cubierto de cadáveres. Trasladaron de cubierta cuatro mujeres y cinco hombres presos. Van a anclar al sudoeste, y he venido a comunicártelo, señor.

—¿Qué más?

—"Foque", "Carpanta", José y el malagueño están al acecho. Eso es cuanto ha pasado, señor.

—Bien. Vete de choza en choza y agrupa a mis valientes. Cuando estén listos, vuelve al acecho y que venga "Carpanta" a darme cuenta de lo que a bordo del velero sucede.

Media hora después, una sombra negra casi invisible, a no haber sido porque corría, fué a tomar resuello ante el Pirata Negro.

—Hola, "Carpanta". ¿Cuántos?

—Cuarenta a lo sumo, señor. Tuvieron muchas bajas en su combate con los del galeón.

—¿Quién los manda? Atrévete, bellaco, que no te he de morder.

—Viste como tú, señor. Pero lleva en la camisa huesos de la "canina".

—¿Hay vino y copla celebrando el triunfo?

—No, señor. Andan como pisando huevos. Se nota que les escama el islote.

—Hay que aprovechar, pues, lo que de noche queda. Escuchadme bien todos, mis valientes. Tiempo ha que estamos mano sobre mano. ¡"Tirabeques"! Tu mandarás tu grupo de cadenones... ¡"Requesón"! Tú...

Fué dictando sus instrucciones el Pirata Negro. No era sólo la proximidad de un combate cercano lo que le enardecía, sino el haber hallado un sólido pretexto para abandonar el islote.

El cañoneo despertó a Humberto Lezama. No era el ruido de los truenos. Era otro ruido que le producía un temor indominable...

Al abrirse la puerta de su camarote y encenderse la linterna, apartó tímidamente el embozo de sus sábanas bajo las que se escondía.

—No tengo... no tengo miedo, padre —murmuró, castañeteando de dientes. Pero sonrió tranquilizado al ver que la que se sentaba junto a él, abrazándole, era su madre.

—No temas, Humberto. Tu padre ha salido y verás como cesa

este ruido.

—¿Qué es, madre?

—Cosas que los hombres han inventado para... luchar. Tu padre te enseñará a no temer a los hombres, Humberto, Y dime, ahora que estamos solos, ¿por qué no procuras mirarle siempre de frente, tontón?

—Le... tengo miedo-y do pronto, ocultando su rostro en el pecho materno, sollozó —. ¡No me quiere! ¡No me quiere!

—¡Mucho te quiere! Pero no puedes comprenderlo aún, Humberto.

—¡Es... tan diferente su beso al tuyo, madre!...

—Día vendrá en que sabrás comprender la diferencia entre el cariño de tu padre y el mío. Él y yo estamos muy orgullosos de ti, Humberto, y tu padrino sabe que tú... serás...

Pero los temblorosos labios de Mireya de Ferjus no supieron hallar razones, y sólo supo llorar abrazada al niño sollozante, que fué calmándose oyendo las amorosas incoherencias de su madre.

Capítulo IV

Al filo del amanecer

Rosaura Lozano y Pura Gracia quedaron unos instantes en silencio, cuando en la cámara adornada con telas de raso azul se vieron una frente a otra, vigiladas por dos piratas que permanecían en el umbral.

—Tu compañía me tranquiliza, Purita-dijo Rosaura, forzando una sonrisa.

Ella, aproximándose más, susurró:

—¿Ese era el pirata caballeresco que citaste, Rosaura? No hay salvación para nosotras ni para ellos. Si acaso una de las dos...

—¿La que él distinga con sus favores? No seas ingenua, Purita, aunque comprendo que no es ingenuidad la que te hace hablar, sino ansias de vivir..., ¡aunque sea como amante de un vil pirata!

—Somos jóvenes, Rosaura, y podemos triunfar. Si lográsemos enamorar al Pirata Negro, pudiéramos, por el halago, conseguir lo que no puede lograr la fuerza ni la astucia. Cuando pase el tiempo, él verá que hubo engaño en fingirnos ricas, y...

—Hablas poco y siempre atinadamente, Purita. No te reprocho lo que piensas. Pero ten en cuenta que al menos por dos meses tenemos vida salva. Sigue fingiendo que eres noble y rica. Y ahora, en voz alta o en silencio, mudemos tan enojosa conversación.

Prefirió la otra guardar silencio. Era ambiciosa e inteligente, e incapaz de causar voluntariamente daño alguno. Pero como aceptaba la realidad de los hechos, miró sin temor al pirata que, entrando en la cámara, fué a sentarse en el banco, ante las dos mujeres en pie y atadas.

—Próximo está el amanecer, hermosas. Buena suerte, tuvisteis al caer presas en mi poder. Galante soy, y, como mi fama lo pregona, enamoradizo y romántico. Pero vivo solitario... Necesito arrullo de

amor que…

Un sordo retumbar puso en pie al pirata, quien se lanzó a cubierta, olvidándose por el instante de sus prisioneras.

Procedente de la cercana playa oíase el rumor de cadenas entrechocando, y negras sombras inclinadas mostraban máscaras de calavera luciendo fuego espectral por las cuencas vacías de los ojos. También una sonrisa macabra de fuegos vacilantes bailoteaba en las desdentadas brechas…

El falso Pirata Negro gritó a su empavorecida tripulación:

—¡Sus y a ellos, tigres del mar! —y a la vez desenfundó su pistola, disparándola contra el litoral.

Una granizada de disparos alocados partió tomando por blanco las inmóviles siluetas de palos recubiertos de colgantes telas negras y rematados por hueras calabazas con vela encendida.

Algún mascarón cayó derribado, pero los otros seguían en pie, mostrando la horrible sonrisa.

—¡Arriad botes! ¡Yo, el Pirata Negro, os enseñaré a no temer espectros ni trasgos! ¡Al frente de ellos, "Cojimanco"!

Iban arriándose lanchas al costado del velero, mientras por entre los racimos de cadáveres apiñados en los palos del inmóvil galeón iban deslizándose cautelosamente siluetas que se dirigían a las cuerdas que mantenían unido al galeón al barco que le apresó.

Algún navegante había narrado que por noches neblinosas había visto en el litoral del Islote de los Aparecidos esqueletos cavando tumbas. Sólo los habitantes del valle de la laguna podrían haber dado la racional explicación de aquel hecho. Era la labor nocturna que durante meses les ocupó cavando un ancho foso circular alrededor de] islote.

El foso, que con cepos y lazos se abrió repentinamente al ceder la hojarasca que lo recubría, bajo los pies de los que, recién desembarcaban, azuzados por los gritos del falso Pirata, lanzábanse a un ataque contra las sombras.

Las primeras luces del amanecer mostraron el engaño a los piratas que, amarrados sólidamente de dos en dos, hombro contra hombro, eran sacados sin miramientos de los fosos por los tripulantes del "Aquilón".

Alguno de ellos, descalabrado al intentar oponerse al contundente recibimiento de los que aguardaban en el fondo de los

fosos...

Vieron los palos, las telas y las huecas calabazas... mientras las lanchas remadas ahora por sus vencedores les transportaban a la cubierta de su propio barco.

El propio “Cien Chirlos” custodiaba al falso Pirata Negro, al cual empujó ante el mástil central del velero donde se adosaba Carlos Lezama, brazos cruzados.

Los restantes prisioneros, amarrados de dos en dos, hacían compañía a los apresados por los supervivientes españoles en el asalto efectuado por sorpresa desde el galeón.

—¿Es tu pabellón, bocazas? —interrogó el Pirata Negro, señalando hacia lo alto del mástil.

E] interpelado miró el lívido cielo y, flaqueantes las piernas, cayó de rodillas...

—Dándote por muerto, señor, tomé tu nombre. Pido clemencia.

—¿Cuál es tu nombre?

—Juan Velasco, de Caracas, y te pido clemencia, señor. Salí ha medio mes de la ribera venezolana, enrolando...

—¿Es, pues, el galeón tu primera presa?

—Sí, señor, y tuya es. También los rescates de los nueve prisioneros. Pido clemencia, señor. Todos esos rufianes son cobardes asesinos. Si pedí rescates fué para que ellos...

—Háblame de tus prisioneros, caraqueño. Que de tus imposturas ya sabré yo darte clemencia. Dale manos libres, guapetón, para que no se le trabe la lengua.

De un corte liberó “Cien Chirlos” los brazos atados del venezolano.

—Todos los prisioneros son aristócratas, Pirata Negro-dijo ansiosamente el venezolano, poniéndose en pie.

—Hartura tengo de aristocracias.

Rió servilmente el venezolano.

—Tienes buena planta, Juan Velasco. Pero me has imitado mal. Yo no grito ni llamo tigres a mis corderos. No invoco mi apodo, porque espero que los demás lo pronuncien con agrado... según las ocasiones. Quiero ahorrarte nuevas imposturas. Sólo en una cosa no has mentido. Todos vosotros, sois manada de asesinos, y habéis ensuciado la bestial pero viril hombría de mis valientes. Dale un puñal, guapetón...

Al sentir entre sus manos el contacto de la córnea empuñadura del arma, Juan Velasco rehusó luchar, arrojando al suelo el puñal.

Volvió a caer de rodillas.

—¡Clemencia, señor! No podría pelear contigo... porque de antemano por vencido me doy.

—Prueba tu suerte en pie, tigre.

Pero el venezolano continuó arrodillado. Volvióle lentamente la espalda el Pirata Negro, mirando a lo alto del mástil.

Pasaron unos instantes, y volvióse de nuevo Carlos Lezama.

—Arría pabellón, don Marcelo, e iza al impostor.

Con fruición "Cien Chirlos" volvió a atar de brazos al venezolano, y le echó al cuello larga soga que había ido anudando en lazo final.

—Pero cuélgalo cabeza abajo, que sólo los hombres tienen derecho a morir de pie.

Los gritos del venezolano fueron ahogados por la zarpa de "Cien Chirlos", mientras con destreza otro pirata, a la señal del lugarteniente, enlazó los pies del venezolano en otro nudo.

Cuando en lo alto del mástil cesaron los pataleos de Juan Velasco, cortó "Cien Chirlos" la soga en cuyo otro extremo estaba el cuello del impostor.

Balanceóse el cadáver, quedando suspendido de la otra soga por los pies.

—De las vergas los otros-ordenó el Pirata Negro.

Y mientras sus hombres procedían a la ejecución, descendió a la sala capitana, donde cuatro de sus piratas vigilaban, arma en mano, el umbral.

Allí hallábanse reunidos todos los prisioneros, conservando las ligaduras y que al ser sacados de sus respectivos compartimientos esperaban ahora verse vejados por el nuevo capricho del que creían continuaba dominando en la nave.

Arcadio del Cerro estalló, furioso:

—¡Voto a mi sable, pirata! ¡Si eres tú el segundo del cobarde mentecato asesino que aquí manda, dile que no todos somos del jaez de este inmundo delator!

Y la barbilla del militar señalaba, indignado a Ernesto Villalobos. Éste, media hora antes, al verse abrir la puerta de su celda, y viendo en la penumbra la negra silueta atlética, había

reiterado sus servicios aludiendo de nuevo al engaño que pretendía hacer pasar por loco al que en realidad era jefe del galeón.

—¡No por mí! —siguió gritando el militar.

Y miraba a Torcuato Yáñez.

—Apaciguaos, señor trueno.

La calmosa entonación del Pirata Negro devolvió al militar cierta serenidad. Miró con menos fiereza a Carlos Lezama.

—Tú al menos sabes tratar con cortesía, aunque trueno me llames. Pero dile a tu amo...

—No lo tengo.

—¡Dile al Pirata Negro que es un fementido cobardón que...!

—De nuevo os ruego que os calméis. También opino yo que el que vos conocíais por el Pirata Negro era un fementido cobardón. Y en prueba de ello por los pies ahorcado está del mástil de este velero.

—¿Qué nueva burla y mentecatez es ésta? ¿No eres tú un pirata?

—Lo soy, y a mucha honra.

—Pero... ¿quién mil rayos eres tú que así hablas?

—¿Y vos quién sois que así me habláis?

—¡Arcadio del Cerro, teniente coronel de los Infantes del Rey!

—Carlos Lezama, el Pirata Negro, os saluda, señor teniente coronel.

Y acercándose al estupefacto militar, Carlos Lezama desanudó las cuerdas que le mantenían atadas las manos a la espalda.

—Vos, como jefe de la expedición, podéis dar libertad a vuestros amigos. En cubierta me hallaréis, si deseáis hablarme.

El Pirata Negro dió media vuelta y sus hombres le abrieron paso, para seguirle a una señal suya.

En el interior de la sala capitana reinó la más desordenada de las confusiones mientras Arcadio del Cerro iba desatando a los presos, y ellos y ellas intercambiaban frases, temerosas en unos, asombradas en otros, victoriosas en Rosaura, que no cesaba de exclamar, intentando imponerse a la algarabía :

—¡Él es! ¡El otro era un impostor! ¡Él es!

Al llegar ante Ernesto Villalobos, el militar, que enajenado iba a desatarlo, escupió en el suelo, y, dando brusca manotada al pecho del delator, gruñó:

—Contigo me las entenderé luego. ¡Vosotros, aquí! ¡Arriba voy

yo a ver dónde está la maldita trampa! ¡Vos, Yáñez, quedaos presto a defender con las uñas y los dientes a las damas!

Aceleradamente salió el militar, y hallando en el suelo, a su paso, una espada abandonada, la empuñó con decisión.

Detúvose perplejo al llegar al último escalón, contemplando los palos y vergas del velero, de donde colgaban múltiples ahorcados.

Fijóse en el que boca abajo ostentaba en el pecho de la camisa la calavera y los dos huesos...

—¡Voto a mi sable...!... —murmuró, ahogada la voz

Y acercándose al lugar donde el Pirata Negro se hallaba, pestañeó indeciso, espada en mano.

—Justicia pirata que apruebo. Pero... no fío de piratas, sabedlo.

—Bien que hacéis, que canas tenéis en el mostacho, para no ser un confiado jovenzuelo.

—¿Por qué ahorcasteis a esa turba de asesinos?

—Por impostores, que en mucho aprecio tengo yo mi apodo.

Tosió el militar, pero continuando con su espada en la mano.

—Veamos... ¡Rayos! Difícil se me hace creer que no sois una aparición burlona. ¿Qué pretendéis?

—Yo, nada. ¿Y vos?

—Quiero decir... ¿Cuáles son vuestras condiciones para...? ¡Hablad, rayos, y no me miréis con esa sonrisa amablemente burlona!

—Cuatro hombres erais prisioneros, señor. A bordo hay lanchas, alimentos, armas... No os costará tocar tierra más hospitalaria. Y sabedlo, señor del Cerro: cuando se os presente algún pirata, que no lo creo, fingiéndose el Pirata Negro, asegurad que no es él, si pide rescates, amarra mujeres y admite delaciones.

—No acierto... ¡Tiene, entonces, razón la leyenda que sobre vos corre!

—Ignoro cuál es la leyenda... Pero contemplad vuestras manos libres, mirad los racimos colgantes, volved a la sala capitana, y cuando estéis en tierra española, vos sabréis si es leyenda o realidad la existencia de un hombre que, por no acatar más ley que la propia, enarboló pabellón pirata. No os escarbéis los sesos buscando algún elogio que hacerme, señor. Vos sois militar, y yo pirata. El azar de una circunstancia nos ha reunido. Id a tranquilizar a vuestros tres amigos.

—Bien estáis de cuentas, señor Lezama. Habéis dicho cuatro hombres, y tres amigos. ¡Yo le ajustaré las cuentas al delator que ni es hombre ni es amigo!... Y... decidme, señor Lezama: ¿por qué diantres no pedís el perdón real? Hombres como vos...

—Perdón pediría si culpable me sintiera. Pero, de todos modos, os agradezco el elogio. Proviniendo de labios castrenses, es gran elogio el que acabo de recibir. Y ahora, tengo otros quehaceres a qué dedicarme. Si juzgáis muy hacedero el llegar a tierra civilizada, no tenemos ya, pues, más cosas de qué hablar vos y yo.

Arcadio del Cerro se atusó el mostacho, envainó, y con brusco ademán tendió la diestra.



—No os costará tocar tierra más hospitalaria.

—No hay leyenda, caballero. Me honro en ser de la raza del que sabe sin menoscabo ser un hidalgo pirata.

Carlos Lezama estrechó sonriente la mano del militar, y sonrió aún más cuando el teniente coronel, con brusquedad para encubrir su emoción, gritóse a sí mismo:

—¡Media vuelta, "¡arr!" —y girando la espalda volvió a descender las escaleras.

En la sala capitana irrumpió el militar a paso de carga.

—¡Albricias, compañeros!... —gritó Rosaura, alegremente—. La iluminada, faz de don Arcadio Mostachón dice bien a las claras que era él..., ¡mi Pirata Negro!

—Tiempo tenéis de ir a darle las gracias, señora, mientras yo converso coa un mentecato vil al cual voy a tundirle los riñones.

Rosaura salió corriendo, mientras Torcuato Yáñez, separándose de los amorosos brazos de “Almizcle”, se interponía entre el teniente coronel y Ernesto Villalobos.

—Me pertenece, señor.

—¡Oído al parche, señor corneta! Espada en mano me dará razón Ernesto Villalobos de su delación, que puso en aprieto vuestra vida.

—Razón de más para que yo sea el que le pida la suya. Os lo suplico, mi teniente coronel. Doble es la razón por la cual quiero pedir cuentas a ese canalla. Será mi última indisciplina, mi teniente coronel.

Asiendo por el cuello a Ernesto Villalobos. Torcuato Yáñez salió de la sala capitana con él a rastras. Arcadio del Cerro, en el umbral, contempló como se entablaba un feroz duelo entre ambos comediantes.

Pura Gracia, sintiendo cercana su viudez, pensó que fácilmente hallaría un substituto acomodaticio. Y el feliz epílogo le hizo mirar con ojos cariñosos al mostachudo militar.

✲ ✲ ✲

En cubierta disponíase el Pirata Negro a encaramarse a la escalera de cuerda por la que descendería a la última lancha que abajo en el mar le aguardaba, cuando unos pasos presurosos le detuvieron.

Rosaura Lozano hizo una profunda reverencia, a la cual el Pirata Negro correspondió con inclinación cortés.

—¡Os ibais, caballero, sin besar mi mano?

Los labios femeninos se estremecían... Arqueando una ceja, el Pirata Negro estampó en la diestra femenina un beso sonoro.

—Grato obsequio, señora.

De pronto, al alzar ella la vista, vió e1 macabro espectáculo. Estremecióse, pero abriendo de nuevo los ojos, sonrió. .

—Sois tal como os soñé. Tal como os describía un marino allá en

mi tierra... Sólo un reproche, caballero. Sois en exceso modesto.

—Mal me describió entonces el marino.

—No habéis querido recibir la muestra de nuestro agradecimiento.

—No quiero nunca correr peligros si puedo evitarlos, señora.

Rosaura, ante la mirada del Pirata Negro, sonrió alegremente.

—¿Yo soy el peligro? ¡Lástima, señor, que casada soy!

—¡Lástima señora, que casado soy! Ambos nos evitamos, pues, un doble peligro. Vos, el de ver derrumbarse un sueño, y yo, el de olvidar la dulce y bella realidad de una esposa ideal. Y ahora, señora, no hagáis perecer de ansiosa angustia a vuestro afortunado esposo. Beso vuestra mano.

Rosaura quedóse inmóvil, sonriendo extrañamente, mientras veía alejarse la lancha conduciendo a tierra al Pirata Negro.

—Eso era... Un sueño... —murmuró.

Y volvió a la realidad, regresando al lugar donde Jacobo Naharro miraba asustado el cuerpo sin vida de Ernesto Villalobos, mientras Torcuato Yáñez limpiaba el acero sangriento, y don Arcadio del Cerro atusaba su mostacho, deslizando de vez en cuando una mirada hacia el hermoso rostro de la que prometía con los ojos, sabiendo negar con los labios...

Al llegar a bordo del “Aquilón”, el Pirata Negro, tras ordenar abrir las compuertas que dieran paso al velero a mar abierta, entró en la sala donde Humberto aplicábase en reproducir con pluma los trazos caligráficos que le enseñaba Mireya de Ferjus.

—En busca de otro refugio zarpamos, Mireya. La leyenda llevará por el Caribe el rumor de que los aparecidos del islote se fueron. No quiero que curiosos vengan en son de paz o guerra. ¿Progresa el mozo?

Inclinóse y cogió en brazos a Humberto. Y con aquel sexto sentido que le hacía presentir muchas veces estados confusos, alzó en alto al niño.

—A veces soy injusto contigo, hijo. Perdóname, y sabrás algún día comprender que, si bien fui tonto al exigirte ser hombre antes de tiempo, tenía perdón por mi impaciencia de verte a mi lado, codo a codo, hombro a hombro, desafiando al mundo entero. Y nunca, nunca pongas en duda que te quiero, porque, tarde o temprano, mi sangre hablará en ti.

Mireya de Ferjus levantóse, brillantes los ojos. El niño balbució:

—Quiero nadar, padre. Quiero pelear, padre. Quiero escupir, padre.

Y sus labios enmudecieron al aplicarse contra la mejilla del Pirata Negro.

—¡Tate!... —murmuró Lezama, sonriendo, mientras su brazo derecho enlazaba los hombros de Mireya—. Oíste, señora marquesa? Tu hijo pide guerra. Le daremos unos años más de paz.

El velero sacudió su inmovilidad de años, y la cadena del ancla arañó el costado al ser izada.

—Nuevo rumbo, mis tres amores. El uno vuelve a navegar en busca de otro paraje. El otro contempla con orgullo esas dos obras maestras que tiene por esposo e hijo, y el tercero empieza a gallear. Buen futuro preveo.

SEGUNDA PARTE

RIBERAS VENEZOLANAS

Capítulo I

AI píe de una reja

Alfonso de Priego, el apuesto y noble heredero de casa condal, gustaba de olvidar su alta alcurnia para merodear nocturnamente por las estrechas callejuelas del barrio bajo en el puerto de Cádiz.

Terciada la capa y embozado el rostro, calado el chambergo y erguida la punta de su espada en cuya empuñadura apoyaba el fino guante gris, Alfonso de Priego detúvose bajo un farol que iluminaba débilmente el callejón sin salida donde acababa de entrar.

La cita era a las diez, y el mancebo habíase adelantado a la hora. Miró al cielo tachonado de estrellas, y, como buen enamorado que a primera cita de amores acude, Alfonso de Priego contempló amistosamente la redonda faz de la luna, que se le antojó sonriente y amable.

—Que tus rayos de plata besen las manos de mi Rosario anunciándole que con ansias la espero-murmuró el joven hidalgo.

Según habían convenido, la señal con que Rosario Guzmán le permitiría acercarse a su reja sería un blanco pañuelo colgado de los hierros del balcón, que a la misma altura de la calle ofrecía su calada reja.

Pero los impacientes ojos de Alfonso de Priesa no veían aún ondear el blanco encaje. Al fin, cuando el lejano campanario de la catedral desgranaba lentamente diez toques graves por aquella noche de octubre de 1718, una pequeña mano rivalizó en blancura con el pañuelo que por entre la reja agitaba, en muda llamada amorosa.

Alfonso de Priego cruzó la calle y apresó con sus dos manos los hierros de la reja. Era su primera cita de amor y el coloquio sentimental ponía en las voces de ambos enamorados trémolos de emoción.

De pronto, Rosario Guzmán se estremeció y levantóse a medias del escabel en que hallábase sentada tras la reja.

—¡Retiraos, os lo suplico, Alfonso!

—¿Tan pronto ya? Sed menos cruel y... Pero ¿qué miráis con tal expresión de pavor?

Volvióse el mancebo y miró siguiendo la dirección de los empavorecidos ojos de Rosario Guzmán.

Bajo el farol, tres hombres en pie y vistiendo ropas remendadas, pero luciendo largas espadas y dagas de duelistas, hablaban en voz baja.

—Es Ñuño Espuy... —bisbiseó ella, asustada—. Idos, os lo suplico.

—¿Qué tiene que ver con vos ese vil espadachín?... —preguntó el noble, irguiendo su alta talla.

—Tiempo ha que me pretende de amores y siempre le rechacé. Juró que en mi reja ningún hombre se apoyaría, a no ser él.

—¿Eso dijo? Va, pues, a retractarse —exclamó el impetuoso mancebo.

Y Alfonso de Priego, desoyendo las súplicas femeninas, cruzó la calle hasta detenerse frente al grupo de los tres hombres, que enmudecieron.

—De hombres poco galantes y corteses es el presenciar citas de ajenos amores-dijo Alfonso de Priego, indignado.

Entreabrió a la par que hablaba su capa, para dar juego a su espada.

—¡Mirad el galán —dijo con grosera risotada Ñuño Espuy—. Sabed, hidalgo, que este callejón me pertenece, porque Rosario Guzmán ha de ser mía.

Alfonso de Priego desenvainó encolerizado. Ñuño Espuy dio un paso atrás, y fueron los otros dos espadachines que le acompañaban los que, desenvainando, pararon las primeras estocadas de Alfonso de Priego.

Enfurecido, el aristócrata prodigó el latigueo de su espada, intentando apartar los dos aceros enemigos y enfrentarse con Ñuño Espuy.

Había recibido muchas lecciones de los mejores maestros de armas, pero los dos espadachines se batían con el aplomo de gente de mal vivir, acostumbrada a la reyerta continua.

Con los puñales paraban las furiosas estocadas del hidalgo, mientras que con sus espadas obligaban a Alfonso de Priego a ir retrocediendo hacia la reja.

—¡Vigilad, por Dios, Alfonso!... —gritó Rosario, tras la reja—. El traidor Ñuño os ronda por la espalda.

Alfonso de Priego retrocedió voluntariamente hasta apoyar sus espaldas en la pared, junto a la reja.

Ñuño Espuy amartilló su pistola, y lentamente tomó por blanco al hidalgo que se defendía valerosamente de la doble acometida de los asesinos espadachines.

Un grito femenino rasgó los aires y corriendo abandonó la reja Rosario Guzmán, para salir a la calle y abalanzarse hacia el hombre que odiaba, y que se disponía a matar alevosamente al que ella amaba.

El disparo de Ñuño Espuy no mató a Alfonso de Priego, porque se interpuso el bello cuerpo de Rosario de Guzmán.

Enfurecido y trémulo de ira, al ver caer herida de muerte a la mujer que era su sincero y primer amor, Alfonso de Priego, dispuesto a morir, lanzóse a fondo en recta estocada.

Atravesado el pecho, uno de los espadachines cayó vomitando sangre.

El otro retrocedió ante el aluvión de recios mandobles, pero también el acero del aristócrata encontró su pecho, asestándole mortal estocada.

Ñuño Espuy, al ver la suicida decisión del mancebo y su habilidad en el manejo de la espada, huyó desvergonzadamente.

Pero, tras él y corriendo con furia redoblada por la desesperación de su pena. Alfonso de Priego le dió pronto alcance.

_ —¡Defiéndete, asesino! Da la cara, cobarde, porque tu última hora ha llegado.

Ñuño Espuy, aunque ducho en lides duelistas, fué andando hacia atrás ante la impetuosa acometida del galán, enfurecido por el más hondo de los dolores.

Cuando Ñuño Espuy no pudo retroceder más, hallóse con la espalda adosada a la puerta de madera de la primera casa del callejón.

Y fué tal la fuerza con que Alfonso de Priego apartó la hoja enemiga y atravesó el pecho del asesino, que Ñuño Espuy quedó

clavado en la puerta y la guarda de la espada del aristócrata incrustada en su carne, a la altura del corazón.

Sin desclavar la espada que abandonó, Alfonso de Priego corrió a arrodillarse junto a la yacente Rosario Guzmán.

Pero la muerte había ya inmovilizado para siempre a la delicada mujer, que, de humilde condición, pero honesta y sensible, había sabido enamorar al joven hidalgo.

Y cuando la ronda nocturna entró en el callejón, vió primero a un cadáver en pie, clavado por una espada contra una puerta.

Bajo una reja, otros dos cadáveres, y arrodillado en la calle, abrazando a una muerta, al joven conde de Priego.

* * *

El coronel de las fuerzas de infantería de la plaza de Cádiz miró duramente al joven oficial que estaba bajo sus órdenes y que ahora, en pie ante él en su sala de audiencia, le escuchaba con expresión ausente.

—Por herencia de vuestro noble padre sois capitán y conde. Ambos hermosos privilegios los habéis manchado batiéndoos como un vulgar rufián contra tres asesinos de la peor laya.

—Insultaron a la que era mi novia, que murió asesinada por uno de ellos —replicó, monótona la entonación, Alfonso de Priego.

—Si no rondaseis rejas plebeyas esto no habría sucedido. Manchado queda vuestro escudo como noble y vuestra hoja de servicios como capitán.

—Cumplí con lo que era mi deber de hombre, olvidando al capitán y al que nació de sangre azul.

—Vuestras réplicas son inadmisibles, capitán Priego. No agravéis vuestra situación. Por amigo que fui de vuestro difunto padre, y teniendo en cuenta vuestra juventud e inexperiencia, quiero salvaros de la deshonra de ser degradado.

—Si me degradan me mataré-dijo Priego, con el mismo diapasón monótono.

—Tened calma. La muerte es la que os ofrezco como única solución a este escandaloso asunto, pero os ofrezco una muerte gloriosa y que en nada empañará el nombre de los Priego, sino que al contrario, dará mayor brillo a vuestro blasón.

—Morir quiero, sea cual sea la muerte que me ofrezcáis. ¿Qué debo hacer?

El coronel cogió del brazo al mancebo y lo llevó hasta un ventanal, desde el que se veía el puerto.

Con la mano tendida le señaló una gallarda y majestuosa carabela, que, anclada junto al muelle, rebosaba en su cubierta de soldados españoles pertenecientes a la Infantería Real de las Colonias.

—Esa carabela zarpa hoy, al obscurecer, rumbo al Caribe. Los hombres que van en ella como pasajeros arribarán a la Perla Española y serán distribuidos en compañías, que, dirigidas por audaces capitanes, irán a guarnecer las posesiones españolas de todas las riberas más acechadas por los piratas del Caribe.

—¿Queréis mandarme como guardián de fortaleza en las Colonias? Tarde la muerte vendrá a dame con suelo.

—No es esto lo que os reservo. ¿Deseáis morir? Os complaceré. Eligiréis a bordo cuantos hombres queráis, para lo cual os facultaré con orden escrita de mi puño y letra. Y vuestra misión será la misma en la que hasta la fecha han hallado la muerte quince de mis mejores capitanes.

—Decidme cuál es esta misión, que ardo ya en deseos de emprenderla.

—Poner pie en tierra en las riberas venezolanas del nordeste. Por ahí llegaréis al semillero de viles piratas. A cada paso los hallaréis. Dadles combate y morid matando al mayor número de ellos. La patria os lo agradecerá y vuestra muerte será digna de vos.

Alfonso de Priego acercóse a la ventana, pero no miró hacia la carabela, sino hacia el callejón que ocultaba la reja de sus fatídicos amores, donde Rosario Guzmán había muerto por salvarle.

Volvióse:

—Firmad la orden, coronel. Fácilmente será morir matando cuanto pirata halle, porque mi sed de vivir quedó extinguida al pie de una reja, y porque en cada uno de los piratas que halle veré al infame Ñuño Espuy.

Capítulo II

Un pirata

El cocodrilo, nadando a flor de agua por el pantanoso río venezolano, asomaba sólo los dos crueles ojillos.

Su largo hocico dentado abríase bajo el agua, ansioso ya de apresar entre las sierras mortales de su boca al despreocupado nadador que remontaba el río nadando vigorosamente.

La flora venezolana, exuberante y de enervante aroma, rodeaba tupidamente las márgenes del río que desembocaba en el Caribe.

El cocodrilo cortaba el agua con suave aleteo de su gran cola, y sus cortas patas, que semejaban garfios, movíanse fuerte y silenciosamente para no alertar al ser humano que nadaba hacia él.

El sol reflejóse sobre las escamas del caparazón gris y pardo del viscoso lomo del saurio.

Y el Pirata Negro cesó de nadar para detenerse flotando, merced a vigorosos taconazos en el líquido.

El cocodrilo abalanzóse con la boca abierta hacia el inmóvil ser humano, cuya morena y atezada carne constituía para el saurio un apetitoso manjar.

Los bordes picudos del hocico monstruoso rozaron el rostro de Carlos Lezama. El atlético y felino pirata aplicó ambas manos debajo de la mandíbula inferior del saurio, mientras sus nervudas y musculadas piernas contorsionadas cabalgaban el lomo escamoso del anfibio.

El monstruo coleteó ferozmente, levantando penachos de espuma. Pero ya montado sobre su lomo como un mitológico centauro, el Pirata Negro empleaba la defensa que en su niñez habíanle enseñado y ejercitado en ella los indios panameños.

Si el cocodrilo se sumergía, era una muerte cierta para quien se hallara a su alcance. Pero para sumergirse necesitaba poder respirar

por los dos hoyos que bajo los ojuelos tenía.

La diestra del Pirata Negro apoyóse sobre los dos orificios, obturándolos. El cocodrilo seguía prodigando espantosos coletazos, pero abría la boca ampliamente buscando aire, y, a la vez, volviéndola para apresar la carne morena y musculosa que le cabalgaba férreamente.

El Pirata Negro, con la mano zurda prodigaba recias puñadas contra el extremo del hocico dentado. Sabía que era el único punto sensible del escamoso monstruo.

El cocodrilo comprendió por instinto que sumergirse era perder su vigor por asfixia. Nadó braceando vigorosamente con sus cortas patas hacia la ribera.

Cuando pisó la resbaladiza y húmeda orilla, revolvióse fieramente para desmontar al jinete que hasta entonces se había hurtado a sus dentelladas y a sus zarpazos.

El Pirata Negro saltó, alejándose de aquella proximidad peligrosa, cuyos coletazos y zarpazos destrozaban a las más robustas fieras de la selva.

Pero no corrió. Cubierto tan sólo por un corto calzón de piel de jaguar, anduvo con larga zancada, dando frente al irritado cocodrilo, que, viéndole retroceder lentamente, apresuró su torpe resbalar, entrechocando sus mandíbulas con vigorosas y violentas boqueadas.

El Pirata Negro sonreía mientras iba retrocediendo.

—Cruel y traidor eres, "insecto". Por eso vas a morir, porque si bien respeto a la fiera que noblemente lucha, asco tengo de las que como tú acechan ocultos en el agua, y fingen lloriqueos para saltar de pronto sobre desprevenidos cervatillos que vienen a abrevar en las riberas.

Cerca de la desembocadura del río, en la ya arenosa playa del Caribe, un montón de ropa se hacinaba junto a un sable de abordaje y a un corvo puñal.

El Pirata Negro miró sólo una vez hacia atrás. El cocodrilo seguía avanzando.

Cuando los desnudos tacones del pirata tocaron con la ropa, agachóse rápido y asió el puñal.

Lo empuñó por el centro de la hoja y se detuvo. El cocodrilo abalanzóse iracundo, coleando sinuosamente, y abrió la bateante

boca blancuzca.

Por fin iba a apresar la carne que le huía... La diestra del Pirata Negro hundióse en el hocico abierto, y apenas las mandíbulas se cerraron, quitó velozmente la mano.

El cocodrilo coleteó estrepitosamente, barriendo el suelo y levantando nubecillas de dorada arena.

Su hocico, al cerrarse, había quedado atravesado por el puñal que ahora sobresalía su corvo extremo por la mandíbula superior.

—Un “insecto” menos-dijo el Pirata Negro alegremente —. Pero no quiero tampoco que agonices lentamente, lagartija.

Hurtándose con saltos a los coletazos y zarpazos agónicos del monstruo, Carlos Lezama aplicó la boca de su pistola entre los dos ojillos verdosos del saurio.

Estalló el pistoletazo... y fueron menguando los coletazos, y al fin las poderosas zarpas arañaron en último estertor la blanca arena acariciada por el sol.

* * *

Alfonso de Priego, demacrado y desgarradas las ropas, íbase abriendo camino a cortes de puñal por el laberinto de la selva.

Apenas tocó suelo venezolano, partió al frente de veinte soldados, remontando la costa.

Pronto la reducida fuerza hallóse frente a una cincuentena de piratas, que, tras sangriento combate, dejaron sin vida a los soldados.

Alfonso de Priego estaba en vida porque milagrosamente, al caer herido, resbaló, precipitándose desde la altura al mar.

El latigazo del agua despertó su instinto de conservación, y nadando llegó a la playa.

Pero las sombras de la noche le impidieron hallar la muerte que buscaba porque desorientóse, y en vez de encontrarse con los piratas, hallóse vagando por una intrincada selva.

Y seguía andando, por aquella mañana de enero de 1719 del día siguiente a su primer combate en tierra venezolana. Oyó a lo lejos un seco pistoletazo...

Le recordó la noche en que cayó muerta Rosario Guzmán. Avanzó presuroso, estrujando fuertemente su puñal, única arma que le quedaba.

Vio en la orilla a un bronceado individuo, de titánica

musculatura, que terminaba de vestirse. Junto a él un cocodrilo muerto yacía vientre arriba.

Un calzón negro hundíase en negras botas mosqueteras de media vuelta. Del cinto colgaba un sable de abordaje, y un puñal en la faja roja hacía compañía a la culata de una pistola.

Al aire, brillaban bajo el sol los acerados músculos del pirata, que anudaba ahora tras su nuca el rojo pañuelo que cubría a medias su crespa cabellera rebelde.

Y el Pirata Negro disponíase a alejarse, cuando se detuvo asombrado: Un hombre vestido con uniforme de capitán español de infantería, desgarradas las ropas y sangrando por un hombro y una rodilla, avanzaba hacia él con un puñal en la mano.

—Defiéndete, pirata-dijo el desconocido a modo de saludo —. Vengo a matarte, canalla.

Carlos Lezama parpadeó, estallando en breve carcajada.

—Cocodrilo primero, gallito luego —sonrió burlón—. ¿Qué os hice, brioso y bizarro capitán, para que me llaméis canalla y deseéis matarme?

Alfonso de Priego siguió avanzando. Agitó su puñal a dos pasos del inmóvil pirata, que le contemplaba con los brazos cruzados e indolentemente.

—Defiéndete... En ti veo a Nuño Espuy... Defiéndete.

—Yo no soy Ñuño ni Espuy. Soy el Pirata Negro y no tengo en estos instantes ganas de pelea con un hombre que como tú necesita curar dos heridas de sable, porqué sable fué el que te abrió el hombro y la rodilla.

—Y tu pecho abriré ahora con mi puñal, canalla pirata.

—Mucho empeño tienes en que cierre tu boca de una puñada.

Alfonso de Priego abalanzóse puñal en ristre. El Pirata Negro ladeóse, doblando las rodillas, y cuando el furioso y debilitado capitán falló la puñalada que asestaba, una de las manos del Pirata Negro retorció la muñecas armada, mientras que su puño izquierdo, chocando violentamente con el pecho del noble, lo lanzó hacia atrás tambaleándose.

Alfonso de Priego, desarmado y macilento, gritó con coraje:

—¡Mátame ya! ¡Y que este crimen no te lo tengan en cuenta, porque yo mismo así lo quiero!

El Pirata Negro cruzóse de nuevo de brazos y contempló

extrañado a aquel hombre que decía cosas poco comprensibles.

—Quédate donde estás, gallito de pelea-advirtió Carlos Lezama —. Ahora soy yo el que hablará. Primero me has atacado para matarme y luego quieres que yo sea el que te mate. Tú desvarías y en tu rostro hay fiebre. Si tanto quieres pelear conmigo, gusto te daré. Ven conmigo a mi velero, y cuando tus heridas estén cauterizadas y tu estómago lleno, dos espadas tengo para darte el placer de saciar tu sed de golpes y cortes. Anda delante de mí hasta aquella cala donde verdean los pinos. Al norte.

Alfonso de Priego echó a andar pensando en Rosario Guzmán. Al fin iba a reunirse con ella, porque ya no dudaba que en el velero del Pirata Negro iba a hallar la muerte que tanto deseaba.



El velero “Aquilón” no era visible desde el mar, porque en la amplia ensenada se ocultaba tras los altos pino de la isla que en el centro de la rada formaba un círculo de verde vegetación.

Desde tierra llegábase a bordo atravesando una larga pasarela compuesta por sucesivas vigas talladas toscamente en troncos encadenados entre sí, apoyándolos en recios maderos que estaban hincados en el fondo del agua.

El ultimo trecho, allá donde los maderos no podían hallar fondo, era una escala de cuerda tendida desde el pasamanos de cubierta.

Alfonso de Priego no era hombre de mar, y no sabía andar en pie por la bamboleante escalera de cuerda. Tuvo que andar a gatas y así tocó la madera de cubierta.

Las risas de los tripulantes del "Aquilón”, al verle en tan poco airosa postura, encendieron la sangre en las mejillas del joven y poco paciente capitán.

Tan pronto puso los pies en cubierta enderezóse y asestó dos puñadas coléricas en el rostro del pirata más cercano, que, sorprendido por él inesperado ataque, retrocedió vacilante.

—Bien hecho, capitán-dijo el Pirata Negro, saltando a su lado —. Has logrado enmudecer las risas de mis valientes bellacos, que te miran con asombro porque es de suicida y loco el pegar a uno de mis hombres en la cubierta de mi propio barco.

Alfonso de Priego levantó de nuevo el puño en busca de un rápido fin, pero el Pirata Negro asió el brazo amenazador en el aire.

—Después, capitán, después, que ya habrá tiempo para, que con

una espada en mano desfogues tus ansias de matar y morir. Ahora, paz a las manos. Noble de cuna pareces, a juzgar por el escudo que amarillea en el coleto de tu casaca.

—Noble soy-dijo altivamente el joven —, Pero ningún rescate obtendrás de mí porque, aunque rico, solo estoy en el mundo. Y no pienso darte ni un doblón. Me llamo Alfonso de Priego, conde de Almenara y vizconde de Carcabuey.

—Títulos son por herencia. No los acato-dijo el Pirata Negro —, que sólo tomo en cuenta los títulos que el hombre sabe ganarse. Acato la valentía, el orgullo legítimo y la nobleza de carácter. Y en cuanto a tus doblones, que sigan enmoheciendo tus arcas. No uso de rescates. Prisioneros nunca tuve porque no los hice. Mato a quien quiere matarme y nada más.

—Trae ya tus dos espadas, si cierto es que quieres darme una muerte propia de hombre y digna de mi rango.

—Débil estás, gallito conde. ¿No te gustaría matarme?

—Tanto como me complació clavar a Ñuño Espuy con mi espada contra el madero de una puerta,

—Entonces, come primero, mientras mi curandero aplica en tus heridas bálsamo de hierbas. Y fortalecido, podrás empuñar la espada. Tienes para ello mi palabra de pirata y mi venia de rey de mi barco, que si conde eres tú en tierra, rey soy yo en mi nave. ¡A ver, "Cambusero"! Una fuente con perdices asadas y un frasco de buen Madeira para el señor conde.

—¿Te burlas acaso, pirata? —gritó, lívido el joven.

—Gusto de burlas, pero no las hago con un cadáver en pie. Para mí eres sólo un hombre valiente que busca la muerte, y por tanto, te respeto. Pero para mis hombres debo designarte con el título que te pertenece y que sabes llevar. Bueno es que ellos se habitúen a pensar que condes hay que no son remilgados conejillos asustadizos.

La melancolía de la última frase no podía ser comprendida por el capitán, que, sentado en un rollo de cuerdas, mordía con avidez la perdiz que cogió de la rebosante fuente que ante él acababa de depositar un pirata.

Bebió ávidamente la mitad del frasco de Madeira, y empezó a darse cuenta que algo extraño había en el llamado Pirata Negro.

Porque no iba a ahorcarle, como lo demostraba el hecho de que

le aguardaba reclinado contra la borda, sosteniendo bajo el sobaco las cazoletas de dos largas espadas de duelo que acababa de traerle un pirata de rostro corcusido a cicatrices.

Otro pirata de rostro carrilludo sanaba expertamente sus heridas, arrodillado a su lado. Y la frescura de las balsámicas hierbas, complementada con el calorcillo del vino y el yantar, devolvieron colores al rostro del joven hidalgo.

Cuando el curandero terminó de hilar las hierbas, hundiéndolas en las heridas, Alfonso de Priego bebió otro sorbo y se levantó.

—Gracias, Pirata Negro. Lástima que seas un vil bandido, porque te has comportado casi caballerosamente. Remata tu acción caballerosa dándome una de esas dos espadas que llevas bajo el brazo.

El Pirata Negro, en silencio, tendió, asiéndola por la punta una de las espadas, idénticas en forja y largura.

Alfonso de Priego sopesó apreciativamente el acero.

—Hojas toledanas y de las mejores. Lo siento, pirata, por si te mato. Pero deberé hacerlo; así tus hombres me darán pronta muerte.

—Eres tan charlatán, como yo hidalgo. Veamos si también eres tan buena espada como yo lo soy. ¿O acaso creías que tú sólo fanfarroneabas a bordo y en tierra?

Alfonso de Priego tentó con ademán de esgrimidor la hoja enemiga y empezó el duelo en cubierta. Los piratas de la tripulación sonreían complacidos. Sabían que su jefe era invencible con la espada en la mano, y se deleitaban esperanzados porque pensaban ver pronto al insolente y desafiante capitán español ensartado en la hoja de su jefe.

Alfonso de Priego tendíase a fondo y saltaba como un muelle intentando en vano penetrar la guardia inflexible que a cada estocada le presentaba la espada del pirata, que limitábase a defenderse.

—¡Voto al cielo! —clamó sudoroso el conde.— Os batís como un maestro de armas.

—Gracias. Lo he sido durante ocho años antes de ser pirata. Y veo que ya no me tuteáis. ¿Os parece, pues, blasón de nobleza la espada que resiste a la vuestra?

Arreció en sus ataques Alfonso de Priego. Prodigó cuantas

estocadas había aprendido; aun las más secretas y peligrosas choraban siempre con el acero del pirata.

Al fin, el noble abatió la espada. Por dos veces había estado a merced de su adversario... y éste no había querido herirle.

—Mi brazo está cansado, pirata —dijo el joven capitán.— Podéis matarme cuando queráis. Ya no puedo luchar. Estoy rendido. Matadme.

—¿Creéis acaso que soy un verdugo? Allá vos, que os maten donde quieran que no será a bordo de mi nave. Tenéis, por lo que a mí respecta, vida salva. Llevaos esa espada y podéis marcharos cuando gustéis. Yo no soy el Ñuño Espuy que invocáis con tanto odio y al que no conozco. Yo soy Carlos Lezama, español por madre, mestizo panameño por nacimiento. Y de español, tengo como vos la nobleza. Idos enhoramala y no retéis a quien muerte no os quiere dar. Si tan cobarde sois que la muerte os parece única solución, ni conde, ni español, ni capitán sois. El hombre, por más penas que le atenacen, debe sonreír y dar cara a la vida. Idos.

Alfonso de Priego, conde de Almenara y vizconde de Carcabuey, inclinó la cabeza.

Y de su extrañeza dieron fe sus palabras:

—Lección de hombría de vos acabo de recibir, señor Lezama. Vos, fantasma parecéis de caballeroso pirata, y vuestro velero, fantasma parece de pirata velero.

—Ni él ni yo, fantasmas somos. Podéis marcharos cuando queráis.

—¿Puedo estrechar vuestra mano, señor Lezama? Me avergüenza tener que reconocer que de los dos el noble sois vos.

—Quizá me honre estrechando vuestra mano, cuando me expliquéis por qué aparecisteis, vos sí como un fantasma, en la playa.

En el camarote alto del puente de mando, explicó Alfonso de Priego sus amores con Rosario Guzmán y lo sucedido en el callejón.

Narró su entrevista con el coronel, la misión que recibió, el combate donde habían hallado la muerte sus veinte soldados y donde él por una ironía del destino, había salvado la propia.

—¿.Comprendéis ahora qué razón tengo en querer morir?

—No, amigo conde. Penas de amor duelen en el alma, y día llega en que mitigadas quedan, para al fin extinguirse. Y aceleraréis

la curación, si obligáis al cuerpo a combatir valiente e incesantemente:

—A eso voy-dijo Alfonso de Priego, levantándose. —El Pirata que mató a mis hombres llamábase Godo “El Antillano”. Sus piratas gritaban su nombre al atacarnos. Y a buscarlo voy.

—¿Sólo y con una espada? —dijo burlón el Pirata Negro.

—Sabré demostrar que un español vale por diez antillanos y mi espada por veinte de las espadas piratas... exceptuando la vuestra.

—Que la suerte os acompañe-dijo lacónicamente el Pirata Negro poniéndose en pie, demostrando que con ello daba por terminada la entrevista.

Alfonso de Priego saludó militarmente, y poco después abandonaba el velero.

Capítulo III

Godo, "El Antillano”

Godo, “El Antillano”, paseaba por la cubierta del entrepuente de su goleta. Hercúleo e implacable tenía en el Caribe renombre por su crueldad feroz, de la que sus propios piratas estaban atemorizados.

Anclada en la bahía, la goleta estaba siendo reparada por los tripulantes que remendaban sus velas y calafateaban su casco para emprender pronto uno de los viajes sangrientos hacia indefensas plazas españolas.

Dos piratas bajaban en aquel instante por la pasarela y ya en la playa, internáronse en la maleza para ir a llenar dos barricas con el agua del arroyuelo.

Inclinados estaban sobre el cauce líquido, cuando a sus espaldas una voz advirtió:

—¡Manos a vuestros sables, canallas! ¡Prestos a defenderos!

Y Alfonso de Priego, espada desenvainada, dió frente a los dos sorprendidos piratas, que blandiendo sus sables lanzaron feroces tajos contra el imprudente, que estaba solo y con una espada, hacerles frente merodeando por las cercanías de la goleta.

Agilmente fué el conde parando los sablazos y su hábil dominio de la ciencia de esgrimir, halló pronto resquicio por donde su espada penetró perforando los pechos de los dos piratas, que cayeron de espaldas en el suelo, revolviéndose agonizantes.

—Dos de mis hombres están ya vengados-dijo el joven capitán limpiando la hoja empañada en sangre en la camisa de uno de los moribundos.

Avanzó a través de la maleza hasta llegar a la playa. La goleta alzábase majestuosa... y Godo, “El Antillano”, detúvose asombrado en sus paseos. No creía lo que estaba viendo...

Por la pasarela, un capitán español, espada desnuda en mano,

subía lentamente mirándole a él.

En la entrada, dos piratas blandieron sus sables, lanzando exclamaciones de ira y sorpresa.

Alfonso de Priego, silenciosamente, fué avanzando hacia la muerte. Su espada chocaba contra varios sables...

—¡No tiréis! —ordenó gritando Godo “El Antillano”.— Ropa rica lleva. Cogedlo en vida.

Pero Alfonso de Priego luchaba tenazmente y con desesperada energía.

Tres piratas yacían ya en cubierta con las gargantas atravesadas por la punta del acero vengador.

Godo, “El Antillano”, saltó a cubierta y su larga espada reforzó el ataque de los seis piratas que en semicírculo rodeaban al intrépido capitán, que con la imagen de Rosario Guzmán en la mente, creía ver en los bestiales rostros piratescos una semblanza con la faz de Ñuño Espuy.

—¡Rompecabezas, malditos inútiles! —aulló Godo, “El Antillano”.

Varios piratas comprendieron la orden y encaramándose al pasamanos, corrieron hacia donde apoyado contra la borda, Alfonso de Priego no sólo se defendía como un león, sino que atacaba con la furia de un loco torbellino de acero.

Silbaron en el aire varios látigos de larga correa plomiza en su extremo. Enlazado por el cuerpo y con los brazos presos en el traidor látigo, Alfonso de Priego quedó inmovilizado y su espada cayó a sus pies, desarmándolo.

Los piratas, envainaron sus sables, y Godo, “El Antillano”, se acercó al que había dado muerte a cinco de sus hombres.

Mantenido fuertemente contra la borda por los látigos arrollados alrededor de sus piernas, cintura y brazos, Alfonso de Priego irguió la cabeza con altivez.

—No he podido matarte, “Antillano”. Pero siete de tus piratas, han rescatado en parte la muerte de mis veinte soldados que anoche asesinasteis en esta misma playa.

—¿Siete? Te jactas. Cinco sólo veo.

—Dos más hay cerca del arroyuelo.

Godo “El Antillano” levantó la mano y asestó un recio bofetón en el rostro del desafiante capitán.

—Procura callar porque quizá olvide que vales dinero y te mate.

Alfonso de Priego aprovechó el hecho de que el rostro del Antillano estuviera cerca del suyo. Le escupió un salivazo.

—Tú sí que eres un canalla pirata, “Antillano”. Pegar en la faz de un hombre indefenso es propio de un...

Godo “El Antillano” enfurecido, aplicó una puñada en la boca del que hablaba. El fuerte contacto hinchó los labios del capitán, de cuyas comisuras empezó a manar la sangre.

—¡Colgadlo de los pulgares! —gritó colérico Godo, “El Antillano”, limpiándose el rostro.— Lleva en el coleto escudo de noble y pagará buen rescate.

Cogido y levantado en vilo por tres piratas. Alfonso de Priego fué transportado hasta el centro de la nave. Dos piratas le mantuvieron un brazo, y otros dos asieron el otro, mientras alrededor de sus pulgares arrollaban fuertemente una fina cuerda de resistente cáñamo de pescador.

Instantes después, el cuerpo de Alfonso de Priego se balanceaba en el espacio suspendido solamente por los pulgares a la cuerda atada en el palo horizontal de la vela baja de mesana.

Era un castigo pirata dolorosísimo. Si el castigo duraba más de media hora los desarticulados huesos y la despellejada epidermis de los pulgares, cedían y caía el colgado, perdidos los dos dedos.

La cuerda hundíase en la carne, pero Alfonso de Priego pese a sufrir intensamente, intentó de nuevo escupir en el rostro del "Antillano” que en pie ante él le contemplaba con los brazos en jarras, perniabierto y sonriendo cruelmente.

Ladeó la callean "El Antillano” y se borró de su boca la sonrisa.

—¡La vara! —ordenó secamente.

Cuando, tuvo en sus manos una larga y delgada barra de acero, la flexionó varias veces entre sus palmas.

—Siete varazos te daré, deslenguado —bramó colérico—. A uno por cada hombre que me has matado.

—Pocos serán, “Antillano" —gritó el joven capitán.— Anoche, antes de caer al mar en el combate, perfore muchas gargantas de sucios piratas antillanos salvajes y cobardes como tú.

Sabía Alfonso de Priego que una docena de varazos quitaban la noción de todo cuanto rodeaba al vapuleado, y que quince producían la muerte por hemorragia interna.

Y “El Antillano” tenía además el rostro encendido en cólera, que alimentaría el furor de su vigoroso brazo.

Pero Godo “El Antillano” sabía también que más de diez varazos producían la muerte. Y él quería conservar vivo al que por noble y por oficial español, le produciría un buen recate.

Cuando obtuviera el dinero siempre tendría tiempo de matarlo. Levantó la vara de acero que, cimbreándose en el aire, se abatió restallando contra el hombre suspendido por los pulgares.

Por siete veces repitió el gesto... Por siete veces el cuerpo de Alfonso de Priego se balanceó en el aire a efectos del recio varazo, pero de su boca contraída no se escapó el menor gemido.

El octavo varazo fué tan fuerte que Alfonso de Priego perdió el sentido y su cabeza hasta entonces erguida y altiva, cayó sobre su pecho.

—¡Descolgadlo! —ordenó Godo, “El Antillano”, enjugándose el sudor que de su frente caía.— Atadle las manos y los tobillos y tiradlo allá sobre las lonas.

Como un fardo el cuerpo de Alfonso de Priego, maniatado de pies y manos, cayó encima de varias lonas amontonadas que estaban remendando algunos piratas, que habían soltado las agujas para contemplar los varados, espectáculo que les agradaba.

—¡Tiradle varios cubos de agua! —volvió a ordenar “El Antillano”.— Necesito hablar con él.

Sucesivamente fueron rociando al inerte capitán los chorros de agua que con cubos le iban lanzando los piratas.

Al fin, Alfonso de Priego se enderezó, sentándose. Intentó moverme, pero los varazos y las cuerdas que lo maniataban le mantenían inmóvil.

Miró al “Antillano” que en pie ante él, le empujó con la bota aplicándosela en el pecho. Volvió a enderezarse Alfonso de Priego.

—¿A qué aguardas para matarme, cobarde? —gritó.

—Vales tu peso en oro, bravucón. Escribirás un papel donde digas que el portador recibirá por tu vida salva cinco mil escudos en oro.

—¿Cinco mil escudos en oro? —preguntó el noble, que poseía tierras y fortuna por valor de miles y miles de escudos.

—¿Te parece mucho? Poco es para que sigas viviendo.

Alfonso de Priego rió con largas carcajadas.

—¡Imbécil! —gritó.— Conde soy, pero a las Américas vine porque, huérfano y sin blanca, tenía que comer con mi sola paga de oficial. ¿De dónde, pues, sacaré cinco mil escudos de oro, ni siquiera mil?

Godo, "El Antillano" palideció y su ira, adquirió un tinte verdoso a efectos de la ira que sentía.

—Amigos tendrás en las Españas que… por tí pagarán.

—Sólo deudas tengo, idiota bellaco. Mis amigos lamentarán mi muerte porque cobrarse no podrán.

Godo, "El Antillano" desenfundó de su faja la pistola, amartillándola. Alfonso de Priego pensó en Rosario Guzmán…

Pero el pistoletazo no partió. Godo "El Antillano" estimaba que una muerte como aquella era poco para el hombre que no sólo le había escupido al rostro, sino que por añadidura confesaba ahora alegremente que no poseía ni un chavo.

—¡Atadlo al cañón! —ordenó.

Varios piratas abalanzáronse sobre el atado, con anticipada fruición. Aquella nueva diversión les encantaba…

En la borda un artillero dió vuelta a la culata de una larga y pesada culebrina. La ancha boca del cañón levantóse hasta media altura, distante del suelo de cubierta un metro y medio. La apuntó hacia el mar…

Fué el propio Godo, "El Antillano" quien cuidó de que la espalda de Alfonso de Priego estuviera enfrentada con la boca del cañón, mientras sus piratas tensaban las cuerdas, que atadas a la base de la culata, mantenían crucificado en el aire al joven capitán.

Brazos hacia atrás, asimismo como las piernas, Alfonso de Priego formó un arco en el aire, tapando con la parte superior del cuerpo el orificio de salida por el que el cañón vomitaría instantes después su metralla.

Godo, "El Antillano" arrebató brutalmente de su artillero la mecha encendida. Agitóla un momento, para que el fuego se avivara.

—Yo mismo quiero descuartizar a este mísero loco que ha osado desafiarme neciamente-gruñó, torvo el semblante.

—Yo moriré, "Antillano", pero hago votos para que algún día te tropieces en el camino del Pirata Negro. Y yo, desde donde esté, gloria o infierno, aplaudiría gozoso al verte descuartizado por él.

—¿De qué conoces tú a ese traidor?

—¿Traidor dices, canalla? —y Alfonso de Priego, aun en su posición mortal, supo erguir la cabeza indignado.— El Pirata Negro no merece ser llamado así. Mejor le cuadraría por noble y leal el apelativo de Caballero Blanco, porque tal color tiene la nobleza de su alma.

—Es traidor que lucha contra nosotros, sus hermanos de profesión. Pero, —y “El Antillano” acercó la mecha hacia la culata, — tu cuerpo hecho pedazos es el que irá al mar para que tu amigo el Pirata Negro lo encuentre.

Todos los piratas de la soleta formaban un semicírculo alrededor del espacio donde atado al cañón iba a morir descuartizado el capitán.

Antes de aplicar la mecha encendida, rió bestialmente “El Antillano”.



—Yo moriré, Antillano, pero...

—¿Le oís? Invoca al Pirata Negro. ¡Como si ese traidor fuera un fantasma que volando por los espacios pudiera venir aquí!

—Ni fantasma ni volador... pero aquí estoy-pronunció una voz burlona procedente de la cubierta de estribor.

Un repentino griterío ensordecedor pareció brotar de todos los costados de la goleta.

Los piratas de Carlos Lezama atacaban, asaltando el barco por sorpresa. Los cuchillos de rematar cruzados entre los dientes, y blandiendo e1 sable de abordaje, saltaban como demonios desde las bordas a la cubierta.

Desordenadamente, los piratas del “Antillano” dieron frente a la avalancha humana de vociferantes asaltantes, y el combate pobló el aire de blasfemias, gemidos y chocar de aceros.

Godo, “El Antillano” apenas sonó la voz que reconoció como la de su odiado enemigo el Pirata Negro, abalanzóse para aplicar la mecha en el detonante.

Pero con acrobático salto el Pirata Negro impulsándose desde el pasamanos de estribor se interpuso entre la culata del cañón y las manos del “Antillano”.

Dio recio golpe con la empuñadura de su sable en la mano que portaba la mecha encendida, que cayó al suelo.

Con el tacón de su bota pisó el Pirata Negro la mecha, apagándola. Godo, “El Antillano”, sacó la pistola, pero no pudo dispararla, porque velozmente el Pirata Negro aplicó sobre la mano armada un golpe de plano con la hoja do su sable.

Y la pistola rebotó contra la madera. “El Antillano” desenvainó su sable y lanzó un feroz mandoble.

Fué retrocediendo y las carcajadas burlonas del Pirata Negro se mezclaban a los gritos de los combatientes que rodaban abrazados por cubierta.

Los puñales tintos en sangre se elevaban y abatían con ritmo precipitado.

El Pirata Negro obligó a “El Antillano” a retroceder hasta el mismo borde del pasamanos por el que él había entrado en cubierta.

—Tú vas a ser el que al agua va a ir, “Antillano”. Tiempo ha que quería verte la jeta tan de cerca como ahora la tengo.

Una fase del duelo entre los dos jefes acababa de reunirles los rostros, mientras las empuñaduras de sus sables, entrechocando a la altura de sus pechos casi juntos, alzaban al aire las dos hojas verticalmente.

Empujó vigorosamente el Pirata Negro apartando de sí a su contrincante. Abatió Godo “El Antillano” su sable, pero halló el vacío… y no pudo detener el punterazo a fondo que le horadó la

garganta.

Fríamente, mientras su enemigo se tambaleaba aún, el Pirata Negro ladeó él sable y de un tajo, en sesgo, cercenó la cabeza de Godo “El Antillano”, en la que luego clavó el sable, y la levantó.

El cuerpo sin cabeza vaciló, espalda contra la borda. El Pirata Negro empujó el pecho decapitado con la bota, y los restos del que fué Godo, “El Antillano”, el temido y sanguinario asesino, cayeron al mar.

—¡Sus, mis bravos! —gritó el Pirata Negro avanzando y mostrando la cabeza ensartada al extremo de su sable.— ¡Están sin jefe!

Los piratas de “El Antillano” retrocedían ante el empuje arrollador de los valientes de Carlos Lezama, que enardecidos a la visión de la cabeza del vencido, resolvieron prontamente el combate.

Y era tal la saña de la audaz tripulación del “Aquilón”, que aun cuando los supervivientes de la goleta arrojábanse al mar para huir a nado, tras ellos lanzábanse los hombres del Pirata Negro.

Y en la cubierta pronto sólo quedaron los cadáveres... y atado a la boca del cañón que no había disparado gracias a la oportuna intervención de Carlos Lezama, Alfonso de Priego, que sonrió tristemente al ver acercarse al Pirata Negro.

—Lucháis como nunca vi luchar, señor Lezama. Y os sigo creyendo fantasma porque así habéis aparecido al ser citado.

Carlos Lezama fué cortando a sablazos las ligaduras que mantenían contra el cañón a Alfonso de Priego. Éste, al ser liberado, tuvo que apoyar sus miembros entumecidos contra la borda donde acababa de hallar la muerte Godo “El Antillano”.

—De nuevo me habéis salvado la vida, señor Lezama. Pero, ¿para qué?

—Para que comprendáis que muerte honrosa no la hallaréis a manos de piratas. Habéis sido colgado de los pulgares, os han vareado y ahora ibais a servir de proyectil humano.

—¿Cómo sabéis que me azotaron y colgaron de los pulgares? —preguntó avergonzado Alfonso de Priego.

—Cuando partisteis tan decidido a morir en manos de Godo, “El Antillano” os seguí de lejos con todos mis hombres. Quería ver hasta donde llegaba vuestra insensatez. Y dejé que os colgaran de

los pulgares, dejé que os varearan… Y aproveché la atención, de todos los hombres del “Antillano” que sólo tenían ojos para veros saltar en pedazos, para yo asaltar la goleta con mis bribones, que dominan a la perfección el arte de moverse sin ruido.

Alfonso de Priego miró hacia el mar, donde braceando vigorosamente, algunos piratas luchaban mordiéndose y agitando puñales.

—Mueren los que morir no quieren —dijo en voz baja.

—Vos lo habéis dicho, capitán Priego. Yo también la muerte busqué y nunca la hallé. Pero la busqué y sigo retándola en nobles cometidos y no suicidándome como un cobarde. ¿Queréis morir? Pensad en noble empresa pero no en hazaña tan disparatada como pretender luchar en estas costas pobladas de piratas, solo y con una espada. Regresad a España y mostradle al coronel ese pabellón y esta cabeza. Llevad también el cinto de Godo “El Antillano” y su divisa que en su camarote hallaréis. Y decidle que vos vencisteis a Godo, “El Antillano” y apresasteis su goleta.

—Dejadme quedar con vos, señor Lezama. Quisiera ser un pirata más a vuestras órdenes, porque sé que nada ordenáis que no sea noble.

—Harto lamento ser pirata, para que vos me acompañéis en mis tomentos. ¿No sois cristiano?

—Lo soy y de acendrada fe.

—Mal lo demostráis. Coged cuanto os he dicho, regresad a España… y rezad de vez en cuando por el que llaman el Pirata Negro.

Media hora después, extrañamente sumiso a las palabras del Pirata Negro, Alfonso de Priego embarcaba en lanchón que le facilitó Lezama.

Llevaba alimento suficiente para llegar hasta puerto español sin riesgo de perecer. Y oculto en la isla quedó el velero que para Alfonso de Priego seguía siendo, como su dueño, fantasma que parecía obra de su imaginación.

Capítulo IV

El hábito blanco

En su despacho de audiencias de la ciudad de Cádiz, el coronel de infantería miró sobre la mesa los extraños objetos que Alfonso de Priego acababa de depositar, extrayéndolos de un saco.

—La calavera es lo que antaño fué la cabeza de Godo, "El Antillano". Mis veinte hombres murieron, pero toda la tripulación del pirata antillano ha muerto pasada a cuchillo. Un galeón español vió el incendio que denotaba el fin de la goleta del pirata, y aquí tenéis el pabellón, el cinto y la divisa de Godo, "El Antillano".

—Brava hazaña, capitán. ¿Pensáis reemprender pronto el viaje a las Américas?

—Sí. Pero no ya como oficial ni como luchador en busca de la muerte. Tengo licencia del rey y ya no sirvo armas.

—Espada lleváis aún y quedan en el Caribe muchos piratas, hay precisamente un español llamado el Pirata Negro contra el cual existe pena de muerte, y al cual si lo encontráis debéis matarle porque...

Palideció Alfonso de Priego y llevó la mano a la empuñadura de su espada. Pero se contuvo.

—No sabéis lo que habláis, coronel. El Pirata Negro es más caballero que vos y que yo.

—¿Cómo osáis... cómo os atrevéis?... —balbuceó iracundo el militar.

—Sabed que sin el caballero Lezama, apodado el Pirata Negro, no habría sido posible el exterminio de muchos piratas, entre otros el propio Godo, "El Antillano". Sabed que si ante vos estoy, siendo como era capitán español, es porque él me dió alimento y bebida, y perdonándome la vida, la volvió a salvar rescatándome del poder del antillano. Adiós, señor. No soy ya oficial a vuestras órdenes... y

tampoco quiero cortar lengua de anciano que ignora de lo que habla.

Abandonó Alfonso de Priego la estancia, dejando a un coronel perplejo y asombrado.

✲ ✲ ✲

En el callejón donde Ñuño Espuy y sus dos asesinos habían interrumpido el amoroso idilio, un hombre se apoyaba contra una reja vacía.

Nadie vivía ya en la casa que fué mansión de Rosario Guzmán.

—No pudiste ser mi esposa, Rosario-decía quedamente el desconocido joven en cuyo coleto de casaca lucía el blasón condal. —Y ya en la tierra amor no hallaré.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó un vecino, asomándose al balcón cercano.— No vive nadie en esta morada, caballero.

—Es mi tercer fantasma-murmuró el joven, alejándose. —Ella, el velero, y Carlos Lezama...

✲ ✲ ✲

Fray Luis de Almería oyó atentamente las explicaciones de Alfonso de Priego, conde de Almenara y vizconde de Carcabuey.

—Curioso es en verdad, hermano, que la conversión la hallaseis en palabras de pirata... Relucen vuestros ojos peligrosamente... la primera condición, si fraile mercedario queréis ser, es abandonar todo ímpetu de lucha.

—Así procuraré hacerlo, padre. A pediros vine el blanco hábito para embarcar rumbo al Caribe. Intentaré predicar con el ejemplo, la resignación cristiana.

✲ ✲ ✲

El blanco hábito de fraile mercedario era visible en la cubierta del galeón español que, zarpando de Cádiz, dirigíase a las lejanas posesiones coloniales del Caribe.

Y Alfonso de Priego rezaba con fe pidiendo paz para su alma, y para la del que todos llamaban el Pirata Negro.

EPÍLOGO

—Sus ojos y sus rizos empiezan a obscurecer. Pero sigue siendo un hermoso muñeco delicado, don Marcelo.

—Nadando cumple, señor. Y ayuda a recoger leños.

—Lo hace no por deseo de jugar, sino para complacerme. Sus hábitos son más reflexivos. Prefiere estar junto a su madre leyendo. ¿Recuerdas a su misma edad mi Carlos?

—Era... era un jabato, señor.

—Humberto es en cambio un embrión de filósofo o de monje.

El Pirata Negro y “Cien Chirlos” se interrumpieron, porque en el solitario paraje de la pequeña isla, Mireya de Ferjus, sonriente, acababa de irrumpir.

—Idos, don Marcelo-rogó ella, amablemente. —Quiero pelearme unos instantes con vuestro jefe, mi señor marido a la vez.

En pie, Carlos Lezama apoyó sus dos manos en los hombros de Mireya.

—¿Con que Humberto es un embrión de filósofo o monje, no, señor pirata?

—Eso dije. Y dentro de unos instantes eso mismo habría dicho.

—Supongamos, Carlos, que por toda la ilusión que en él puse, cuando le presentí, yo soy la culpable.

—¿Culpable de qué?

—De su remilgado ensimismamiento. De su tímida actitud. De su aversión hacia la lucha. Yo soy la culpable, Carlos, porque siempre temiendo por tu vida, mudamente, en él inculqué el temor a toda brutalidad.

Carlos Lezama abrazó a su esposa, levantándola en vilo.

—Yo soy un maldito imbécil, nunca contento. Quise siempre que mi hijo fuera un cumplido caballero. Trazas lleva don Humberto de ser cabal marqués de Ferjus, con lo que mi monstruosa vanidad

halagada queda.

—Dijiste una vez que de heráldica mal entendías.

—Entiendo ahora en cambio la alusión, No, Mireya, no es oculto reproche el que yo no cite un condado de Ferblanc, que lógicamente pertenecerá a Humberto, porque aquello de que el primer Ferblanc, mi padre, era un aventurero genial, que ocupaba alto cargo en la corte de Francia y luchaba en la sombra como un caballero generoso[1]. Tú misma me dijiste que siendo marquesa de Corbigny por línea materna, el título de marqués de Ferjus. pertenecería a su primogénito desde su nacimiento. Por lo tanto, don Humberto es marqués de Ferjus, y sabrá serlo.

Por entre los matorrales cercanos, una pequeña sombra deslizóse arrastrándose. Humberto Lezama había seguido hasta allí a su madre y ahora de regreso al velero, iba meditando.

Su frágil mente de ocho años, pensaba en el “primer Ferblanc, un aventurero genial, ocupando alto cargo en la corte de Francia y luchando en la sombra como un bandolero generoso”...

Las palabras que no comprendía, decidió guardarlas preguntando como al azar a su madre...

Estremecióse, preso de pánico, cuando una manaza le agarró por el cuello, levantándolo en vilo.

—Hola, señor Humberto-masculló "Cien Chirlos?. —¿De dónde venís?

—De pasear, padrino-replicó ya tranquilizado el muchacho.

—¿A la usanza de los salvajes piratas peleones? Mejor dicho, ¿a la usanza de los que van a espiar?

—Tuve miedo... Llegaba mi madre y le dijo a tu jefe, que venía a pelear con él.

—Mi jefe es el tuyo, y tu padre, mocosuelo.

—No le digas a mi padre que...

—¿Intentando comprar mi silencio? Es pues que tienes sensación de no haber obrado como todo un hombretón. En vez de acurrucarte a escuchar, debiste... En fin, eres aún muy mocoso, para que pueda yo calentarte las posaderas.

—Dime, padrino: ¿Qué es un aventurero genial?

—Preguntas tienes que ponen en aprieto. Aventura es riesgo, tener siempre la vida pendiente de un hilo, y genial supongo será el hombre que tiene mucho genio e ingenio para no demostrarlo. En

fin, cosas son de envergadura superior a tus años.

—¿Quién era Humberto de Ferblanc?

“Cien Chirlos” miró hacia el niño. Los ojos pardos y el delicado semblante rebosaban de curiosidad.

—En su día te explicarán lo que quieres saber. Ahora, vete a bordo y que no vuelva yo a cazarte espiando... o me “chivo”.

Marchóse el niño, y quedóse “Cien Chirlos” meditando en los misterios de la naturaleza. ¿Por qué siendo del mismo padre, tan distintos eran los caracteres del qué había muerto en tierras lanzaroteñas, y del que ahora dirigíase a bordo del velero?

El uno, todo vitalidad, ansias de movimiento y tan idéntico en rasgos y acciones a “él”...

—¿Pensando en las musarañas, don Marcelo?

La pregunta de Lezama, sumió en cierta confusión a su lugarteniente. En “Cien Chirlos” siempre había existido un complejo supersticioso: creía que era inútil disfrazar su pensamiento ante quien debía estar dotado de una doble vista que le permitía atravesar las frentes como si fueran de cristal.

Por eso contestó, aún contra su voluntad:

—Perdóname, señor, pero comparaba.

—Siempre son odiosas las comparaciones, guapetón. Démosle tiempo al tiempo. Humberto es aún blanda arcilla... Hablemos de otra cosa. ¿Cuál de mis valientes consideras más capacitado para servir de mensajero a lejana tierra?

—“Jinojo” es cauto y prudente. También “Dislate” es capaz de meterse en boca de lobo, y quedarse con sus colmillos. Y “Susurro” tiene traza engañadora, pareciendo mejor escribano receloso, que peleón decidido.

—Cuando pase una hora, tráeme al camarote a “Susurro”.

En su camarote, Carlos Lezama estuvo escribiendo larga carta. A la hora, y cuando ya hacía minutos que había cerrado y lacrado el sobre, entré “Cien Chirlos” en compañía de un sujeto de largos cabellos lacios, flaco rostro mustio y nudosos huesos que parecían arañar la tela ceñida de sus ropas negras, con atisbos de elegancia severa.

Le apodaban “Susurro” por la costumbre que tenía de cuchichear al oído, aun para comentar hechos tan poco reservados como una opinión sobre el tiempo que hacía o su deseo de beber un vaso de

agua.

—Acércate, Mariano-ordenó el Pirata Negro. —De Valladolid eres, y parco en palabras.

Los ojos almendrados siempre desconfiados del vallisoletano, expresaban ahora sumisa y leal adoración.

—Déjame susurrarte que confío en ti. No en vano eres de mis hombres uno de los que más tiempo has demostrado tu valer. Recio y seguro en las reminiscencias de cuando manejabas pelea, tienes cuando te lo propones péndola en despacho de abogadillo sin pleitos. Acabo yo de manejar la péndola, para escribir a quien no sé si en vida está, y que años atrás fue el mejor de mis amigos. Hablo del señor Diego Lucientes.

El Pirata Negro dió con el índice un golpe en el sobre.

—Aquí hay dos direcciones, "Susurro", la de un buen notario en la ciudad de Angulema, para quien deseo buenas venturas, porque hombre de gran corazón es. Le juzgo en vida porque tenía costumbres morigeradas. Le visitarás. Te. presentarás a él con todo respeto, dándole mis saludos. Inquieres si el señor Lucientes está con vida y dónde reside. Caso afirmativo, y sabedor de su paradero, le entregas esta carta. Caso contrario... entrega esta carta al señor notario, y aguarda que él haga los trámites que en ella pido. Repite... sin susurrar.

En voz alta Mariano Rodrigo fué reproduciendo palabra por palabra cuanto acababa de oír.

—La lección te sabes. Aprende ahora otra. Irás ahora mismo a la isla de la Trinidad, de donde con frecuencia parten barcos a puertos españoles. Serás lo que quieras, que con tu buen aspecto de vocachuelista cuadre. Don Marcelo te lastrará el bolsillo para que viajes cómodo, porque quiero que ningún riesgo corra mi carta. Si el Azar dispusiera que en mal trance te vieras, esta carta muere contigo. Sólo pueden leerla el señor Lucientes o en su defecto el notario de la ciudad de Angulema. Pero confío en ti, Mariano. No lleves arma alguna. Tu mejor equipaje será tu traza de curial con atisbos de lechuza sabia. Cuantos más días ahorres en tu viaje de ida y regreso, mayor será el buen concepto que de ti tendré.

Repitió de nuevo sus instrucciones el vallisoletano, y se disponía a partir, en compañía del lugarteniente cuándo ambos se detuvieron asombrados al oír decir al Pirata Negro:

—A tu regreso, ancla en Puerto Colombia, y hospédate en la posada de los correos del Cauca y del Magdalena.

—A tus órdenes, señor. Así lo haré.

Y sin exteriorizar más asombro que el que al principio había suscitado en ellos la mención del puerto colombiano, ambos piratas salieron.

Fué durante la cena, cuando “Cien Chirlos” salió de dudas. Mireya estaba con Humberto, y daban final al yantar, cuando el Pirata Negro hizo un amplio ademán.

—Cuanto nos rodea, don Marcelo, es hermoso y salvaje. Libre naturaleza, donde sólo se acata la ley del más fuerte. Pero es también vida de hombre sólo. ¿Cuántos quedamos? Apenas un cuarto de centenar. Dirás que son los mejores, los más antiguos, los que merecen entera confianza, y con ellos mejor estoy que con tropa bisoña y numerosas Pero ha de cesar esta vida de proscriptos. Por ella y por él-y señaló el Pirata Negro hacia el camarote ocupado por su esposa e hijo. —Sí, señor.

—Tú has sido el que más fielmente siempre me ha seguido. Aunque tengo que acusarte del delito de deserción en el más grave de tus deberes.

“Delito de deserción”, el que entre los hombres sin ley, era considerado como la más horrenda de las acciones. “Cien Chirlos” abrió hasta el máximo sus ojillos...

Le tranquilizó no sólo su conciencia, sino la mueca irónica que tanto le agradaba, y que al arquear las cejas de su “semidiós”, anunciaba jocoso comentario.

—Sigues siendo un solterón empedernido, don Marcelo. Cuando incendiábamos buque enemigo, entre las llamas me seguías. Cuando asaltábamos reducto erizado de mosquetones entre la lluvia de balas te abalanzabas a mi lado. Cuando nadábamos en mar infestado de tiburones, tus dentelladas castañeaban al par de las mías. Y ¡voto a Lucifer!... Desertaste cuando me lancé al piélago erizado de escollos de la paternidad. Muchas son las mujeres que adorando la fuerza bruta, harían de ti paladín de sus solitarias ansias de protección. Pero, en fin, predico en desierto. Has huido siempre de las complicaciones... Si poseyeras la torpe propensión a reflexionar sobre ti mismo, descubrirías que tu problema de solitario solterón reside en que, teniendo una huraña necesidad de

ternura, tienes a la vez una egoísta desconfianza de dar demasiado para obtener desilusión...

Rió con breve carcajada divertida el Pirata Negro al ver que la frente de “Cien Chirlos” se contraía asombrosamente, indicio seguro del esfuerzo mental que realizaba, tratando de comprender.

—Felizmente no eres sauce llorón que contempla sus propias ramas. Volvamos a lo nuestro y regresemos al suelo raso. Hemos de separarnos, don Marcelo.

“Cien Chirlos” crispó los puños y con absoluta expresión de incredulidad, miró al que le hablaba.

—¿Bromeaste, señor? No... puede ser. Yo renací a tu lado y a tu lado quiero dormir para siempre.

—Tregua a los sentimentalismos, guapetón. Nuestra separación no será larga. Pero es forzosa, por el instante. Déjame explicarte el por qué. Quiero un hogar para mi esposa y para mi hijo. También lo quiero para mi “Aquilón”. Pero en el mismo sitio, los tres no pueden ir. Yo no arrío pabellón por lo que a mi velero respecta. Su línea y su carena son sobradamente conocidas, pero aun así, y aunque pudiera arriando pabellón entrar en puerto español, no lo haría. Si para ella y él, pido hogar y arrío pabellón de pirata, no haré lo mismo con el “Aquilón”. Tengo un propósito y lo llevaré a cabo, don Marcelo, porque me guía, un afán que merece el triunfo. Cuando en hogar tranquilo y rodeados de respetabilidad, estén mi esposa y mi hijo, entonces veré como cumplo mi otro propósito. Poco durará nuestra separación, que mi palabra tienes. Pero, por el momento, tú tomas el mando del “Aquilón”. Lo llevarás a las calas seguras de la isla de la Providencia. La conoces. Ofrece en el meridiano ochenta buen refugio y conoces tú demasiado la aguja de marcar para que consejos te dé. Cinco hombres llevaré conmigo. Los de mejores trazas y que por lacayos puedan pasar. Uno de ellos nos servirá de enlace y próximo quiero el día en que él te anuncie que a pabellón alto y cabeza erguida, sin temor al cáñamo, puedas tú rendir anclas en puerto español, con todos los honores. ¿Cómo lo lograré? Sin claudicar ni suplicar. Lo lograré.

—Tú mandas, señor y en ti confío para que nuestra separación sea breve, porque...

—Ya sé, aragonés. También tengo yo tu misma terquedad en no querer ver lucir el sol si no huelo a mi lado tu olor de jabalí.

Zarparemos rumbo a Providencia. En llegando allá, la mejor de las lanchas veleras, tripulada por los cinco que mañana elegiré, nos llevarán con mi esposa e hijo a Puerto Colombia. Una nueva vida empezará para ellos... Para mí-y encogióse de hombros Carlos Lezama —... seguiré siendo hombre que más respeta la ley del corazón que la escrita. Pero he de conseguir libre albedrío para todos nosotros. Vamos ahora a dormitar cada uno en busca de conformidad, aragonés. Tú me responderás del "Aquilón" y yo... yo te respondo que sabré hallar hogar para ellos y hogar para vosotros. Hasta mañana.

"Cien Chirlos" tardó en dormir. Revolvióse varias veces en su camastro. Vagamente comprendía lo que quería significar su jefe. No tuvo la menor duda de que lograría sus propósitos, aunque era senda erizada de muchos escollos, la que iba a emprender el hombre cuya cabeza estaba a precio en todos los ámbitos coloniales, donde existía la ley.

A la mañana siguiente, después del desayuno, alineáronse en cubierta los veinticuatro hombres a que había quedado reducida la tripulación del velero.

En el castillete de proa, Carlos Lezama adoptó la postura que era preludia de uno de los escasos discursos que anunciaban a sus hombres novedades de pelea, o cambio de varadero.

Echado hacia atrás el busto, apoyados los puños en las caderas y entre risueño y amenazador el rostro, fué mirando a los que formados en dos filas, gorros y tricornios en mano, aguardaban.

—Cuatro escuadras tengo ante mí. Cuatro escuadras de lo más reacio a morir. Veinticuatro valientes de huesos inquebrantables y hocicos mordedores. De muelas sin mellar. Si nuevos rumbos no me marcase la vida, aun daríamos mucha guerra en el Caribe. La daremos... pero de otra forma. Que para pelear nacimos y no vamos a convertirnos en obesos poltrones, masticando hierbas de pesebre. Pero por el instante, debo hallar tranquilo refugio para los dos seres que no nacieron para pelear ni para sufrir angustias a las que no están avezados. De isla en isla, de selva en selva, no es existencia para ellos. Y mientras ese peligro a ellos les amenazara, no sabría yo hallar alegría en el combate. Cuando resuelto quede este rumbo, marcaré el vuestro. Zarparemos ahora rumbo a la isla de Providencia. Cinco de vosotros vendrán conmigo. Simularán ser

comedidos lacayos de comedidos burgueses.

Rió el Pirata Negro con franca hilaridad y su risa contagió a sus hombres.

—¿Lacayos y burgueses? ¿Os dais cuenta, angelotes? Dos profesiones que aborrecéis. La de burgués, porque os dijeron que era vivir haciendo lo que no se quería hacer, Y la de lacayo porque os dijeron y creo que así es, que era servir a quien deseos se tiene de estrangular. Correré el riesgo de que me estranguléis, ya que corro el de fingirme burgués. Necesito pues cinco bergantes que, sacando de sus cofres sus ropas más bienolientes, las vistan y adopten aires de imbécil arrogancia, que son los que caracterizan a los lacayos. Cinco hombres que viviendo a mi vera, no busquen nunca pelea, pero dispuestos estén en caso de peligro a demostrar que fueron corderos mientras así lo quise y leones cuando lo pedí. Los que en la isla Providencia queden, estarán bajo las directas órdenes de don Marcelo. Y ya veis... Si él no relincha y cocea furioso es porque sabe que poco ha de durar esta separación.

Miró hacia atrás el Pirata Negro, donde “Cien Chirlos” escuchaba atentamente, cuadrado en postura marcial.

Una sonrisa distendió en mueca espantosa el corcusido semblante, al verse objeto de la ojeada del que hablaba.

—Trae el “rol”, don Marcelo.

Tendió él lugarteniente la lista de los tripulantes. Había sido larga y numerosa. Ahora estaba moteada de rayas y cruces que con su lenguaje mudo hablaban de muchos muertos en combate...

—Los que nombre, un paso al frente. Son los que ofrecen un pasadero aspecto de honestidad engañosa. ¡Marcos el alicantino! Mayordomo jefe del burgués conde de Ferblanc.

Un alto y grueso sujeto de monacal semblante, avanzó orgulloso un paso, hinchando el torso.

—¡Faustino, el cordobés! Primer lacayo, ¡Sebastián, el vasco! Segundo lacayo, ¡Martinelo, el gallego! Tercer lacayo. Vosotros cuatro sois, pues, los lacayos del burgués conde de Ferblanc. Y queda otro cargo de enlace entre Puerto Colombia, sitio de nuestro destino y Providencia, lugar de anclaje del “Aquilón”. Avanza, Tiberio el soriano. Id los cinco a acicalaros ya que os he de enseñar los buenos modales que no despierten recelo en tierra colombiana. Id.

Saltó el Pirata Negro a cubierta, frente a los diecinueve restantes. Por la escalera, precipitadamente, descendió “Cien Chirlos”...

—Vosotros no tenéis más que una obligación. Seguir obedeciendo las órdenes de don Marcelo, que cuando él os hable, yo hablo. ¡Romped filas!

Pasearon unos instantes por cubierta el Pirata y su lugarteniente. Iban ambos en silencio, mientras los tripulantes del “Aquilón” iban ocupando sus sitios de maniobra.

El primero en reaparecer, vestido con sus mejores galas, fué el llamado Marcos, el alicantino, por sobrenombre “Jinojo”.

—A tus órdenes, señor-dijo, cuadrándose ante el Pirata Negro.

—Tu porte huele a brea y tu saludo a mar. Fíjate en mí. alicantino. No te di el apodo. No me des el tratamiento. Inculca a tus subordinados la nueva fórmula: “¿Manda el señor conde?”... ¿Te das cuenta? Suena bien y quienes lo oigan, contentos estarán de dar en tierra española generosa hospitalidad al conde francés que en compañía de su esposa marquesa y su hijo el marquesito, van a acogerse a puerto Colombia. Revista a tus mozos, Marcos. Y pasad dentro de una hora, cuando haya ya zarpado el “Aquilón”, por mi sala. Os daré el visto bueno y por haber visto muchos lacayos, algo os podré enseñar.

Media hora después, largadas ya todas sus velas, abandonaba el “Aquilón” la amplia ensenada venezolana.

Descendió Carlos Lezama a la sala capitana, donde halló a Mireya de Ferjus oyendo y corrigiendo la lectura que Humberto hacía de un libro francés.

—Perfecta dicción —comentó también en francés, sentándose entre ellos el Pirata Negro—. Nuevo rumbo y espero que rumbo final, Mireya. Ven acá, mocito. Cabalga mi pierna, que vas a galopar por tierra nueva. Tierra donde no hay selva, si no laberinto de casas. Tierra donde no hay miedo, porque la ley ampara a todos. Tierra donde el marquesito de Ferjus crecerá de acuerdo con su rango. Tierra donde tu madre, mi excelentísima señora marquesa, cuya mano beso, vivirá como merece. Tierra donde tu padre, el digno conde de Ferblanc, cuya mano yo beso, fruncirá desdeñoso la nariz cuando oiga hablar de seres sin ley ni hogar.

Humberto Lezama, marqués de Ferjus por nacimiento, miraba

con menos temor al hombre que sosteniéndolo encima de su pierna, sonreía con expresión alegre.

Mireya de Ferjus al cabo de un momento, murmuró besando a su hijo en los castaños cabellos:

—Tu hora de paseo por cubierta, hijo.

—Contempla el buche hinchado de las velas. Aspira el aire... y quizá algún día echarás de menos el mar libre y su puro olor sin contaminación. Palabras que aun no puedes comprender, buen mozo.

Al quedar solos, Mireya de Ferjus apoyó su cabeza contra el hombro de Carlos Lezama. Y su voz fué algo vacilante, al decir:

—¿No es sacrificio, Carlos?

—Palabra ésta muy gruesa, Mireya y que a mi entendimiento escapa.

—Por tu hijo y por mí, renuncias a ser libre.

—¿Olvidáis, acaso, señora marquesa, que mi monstruosa fatuidad tiene ya el prurito de sacar a relucir mi título de Ferblanc?

—Me casé con un pirata... y sigo adorándole. No necesitaba yo de tierra con leyes y casas. Tú eres mi hogar, mi amor...

—Hay un marqués de Ferjus que no puede ni debe inquietarse ante el problema que para su frágil mente supone el tener que vivir oculto y huyendo siempre. Tú eres mi hogar. Tú eres mi amor. Tú y yo, siempre comprendemos, Mireya. Pero él... él no vivirá más como fierecilla acosada. Y... no hay sacrificio. Acercaos más, que os vea el rostro. ¿No satisface vuestra vanidad entrar en tierra española del brazo de un conde francés?

—Quise al español... y me temo que nazca en mí un nuevo amor, Carlos Lezama.

Cercanos los rostros, miráronse ambos, sonrientes. Y cuando el Pirata Negro habló de nuevo, su voz sólo era un susurro, porque sus labios acariciaban los de su esposa.

—Tenéis mi permiso, señora, para enamoraros del conde de Ferblanc.

FIN

42

Tres joyas...

DE LA MODERNA LITERATURA DE AVENTURAS

~



Valiente como un león, ágil como un leopardo. Siempre con la sonrisa en los labios, enamoradizo y romántico caballero, noble y generoso señor, combate sin cuartel a los traidores, los corsarios y los delincuentes de mar y tierra.

TITULOS PUBLICADOS

1. La espada justiciera.
2. La bella corsaria.
3. Sucedió en Jamaica.
4. Brazo de hierro.
5. La carabela de la muerte.
6. El Leopardo.
7. Cien vidas por una.
8. La bahía de los tiburones.
9. El corso maldito.
10. Rebelión en Martinica.
11. Los filibusteros.
12. La primera derrota.
13. La dama enmascarada.
14. Los tres espadachines.
15. Los mendigos del mar.
16. El Rey de los Zíngaros.
17. Noches fantasmales.
18. Montbar, el exterminador.
19. La tumba de los caballeros.
20. Frente a frente.
21. Esclavitud y rescate
22. Deuda saldada.
23. El holandés fantasma.
24. "Mezzomorto".
25. Mares africanos.
26. Enemigos irreconciliables.
27. La ciudad invisible.
28. El capitán Lezama.
29. Contra viento y marea.
30. Manopla de terciopelo.
31. El caballero errante.
32. Sucedió en Sevilla.
33. La tizona toledana.
34. Máscara de flores.
35. Angus el tenebroso.
36. La furia española.
37. Dos españoles en París.
38. Intriga macabra.
39. La mujer vampiro.
40. El castillo de Civry.
41. Los cuervos.
42. Odisea en Italia.

DIEGO MONTES

El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

TITULOS PUBLICADOS

1. El bandolero heroico.
2. Claveles sangrientos.
3. El toro.
4. Malatesta.
5. La duquesa y el bandolero.
6. El galán de la muerte.

EL CRUZADO

Con sus superhumanas proezas, es indudablemente el héroe de todos preferido.

TITULOS PUBLICADOS

1. La muerte llama la muerte.
2. La mano del cadáver.
3. La tumba del Gran Duque.
4. El garito siniestro.
5. El fantasma del castillo.
6. El traidor Kovarski.
7. Progrom sangriento.
8. Los piratas del Mar Caspio.

Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas... amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... son las características de estas tres obras excepcionales en su género, que presenta

Editorial Bruguera

Un volumen quincenal sólo cuesta TRES pesetas

Notas

[1] Véase: “La primera derrota”. < <